



INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA

LOUIS HALPHEN

TRADUCCIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS
ITAMAR OLIVARES IRIBARREN

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA
LOUIS HALPHEN

DE LA TRADUCCIÓN
© ITAMAR OLIVARES IRIBARREN
© EDICIONES INUBICALISTAS

INSTITUTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES
FACULTAD DE HUMANIDADES UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO
DIRECTOR: PABLO ARAVENA
DIRECTOR DE CARRERA: PATRICIO GUTIÉRREZ
COORDINADORA DE EXTENSIÓN: JAIME CORTEZ
COORDINADOR DE POSTGRADO E INVESTIGACIÓN: GERMÁN ALBURQUERQUE

Primera edición, septiembre de 2021
ISBN: 978-956-9301-83-4
REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL: N° 2021-A-10166
DISEÑO PORTADA: Rodrigo Arroyo Castro
DIAGRAMACIÓN: RODRIGO ARROYO CASTRO
Impreso en Chile, en los talleres Inubicalistas del barrio puerto, Valparaíso

LOUIS HALPHEN
Membre de l'Institut
Professeur à la Sorbonne

**INTRODUCTION
A L'HISTOIRE**

PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE
108, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, PARIS
1946

LOUIS HALPHEN
Miembro del Instituto
Profesor de la Sorbona

**INTRODUCCION
A LA HISTORIA**

Traducción, presentación y notas de
ITAMAR OLIVARES IRIBARREN



COMITÉ CIENTÍFICO DE LA COLECCIÓN HISTORIA

Mario Ayala (Universidad de Buenos Aires)
Fernanda Beigel (Universidad Nacional de Cuyo)
Slobodan Pajovic (Universidad Megatrend de Belgrado)
Soledad González (Universidad Bernardo O'Higgins)
Pablo Pozzi (Universidad de Buenos Aires)
Juan Pablo Silva (Universidad Mayor)
Ana María Stiven (Universidad Diego Portales)
Ángela Vergara (California State University)
Fabián Almonacid (Universidad Austral de Chile)
Verónica Undurraga (Universidad Católica)
Ramón Arnabat (Universitat Rovira i Virgili)
Soledad Zárate (Universidad Alberto Hurtado)

CONTENIDOS

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA	
PRÓLOGO	21
I NECESIDAD DE LA HISTORIA	23
II OBJETO DE LA HISTORIA	28
III VALOR DEL TESTIMONIO HISTÓRICO	33
IV LA CRÍTICA DE LOS TESTIMONIOS Y EL ESTABLECIMIENTO DE LOS HECHOS	50
V LA COORDINACIÓN DE LOS HECHOS	62
VI LA EXPOSICIÓN DE LOS HECHOS	71
VII LAS "LECCIONES DE LA HISTORIA"	85
APÉNDICES	
I LAS ETAPAS DE LA CIENCIA HISTÓRICA	93
II LOS ESTUDIOS DE METODOLOGÍA HISTÓRICA	109

PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE
108, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, PARIS

2022

PRESENTACIÓN

9

Historiador francés, profesor de la Universidad de París, especialista en el período medieval, Louis Halphen nació en Versailles el 9 de febrero de 1880 y falleció en París el 7 de octubre de 1950.

Alumno distinguido de la *École des Chartes*, egresó en 1904 con la primera distinción de su promoción. Su notable tesis titulada *Les transformations politiques du Comté d'Anjou sous les premiers Capétiens, le gouvernement de Foulque Nerra (987-1040)* le permitió obtener el diploma de archivista paleógrafo y le valió los elogios del conocido historiador de la economía medieval, Robert Latouche.

Gracias al prestigio adquirido por su erudición, fue enviado a la Escuela francesa de Roma que dirigía entonces Monseñor

Duchesne (1904-1906) y deviene Secretario de la *École des Chartes* y de la *Revue Historique* de 1906 a 1907.

Dos años después de dejar la *École*, defendió sus tesis de doctorado en letras en la Sorbona. El tema principal fue «Le comté d'Anjou au XIe siècle» (1906). Los miembros del jurado se complacieron en reconocer el sentido crítico del autor, siempre alerta, y la forma clara e incisiva de presentar su relato.

10 Lo que parecía fascinar al joven erudito por encima de todo, piensa Latouche, es el estudio exhaustivo de las fuentes. Todos los textos que utilizó en su tesis fueron cribados con gran cuidado, algunos de ellos, las «Crónicas de los condes de Anjou», los «Anales angevines y vendômoises», fueron incluso reeditados por él.

Mientras tanto, Halphen había pasado dos años en Roma como miembro de la Escuela Francesa de Arqueología e Historia. Esta estadía le permitió elaborar un artículo sobre la corte de Otón III en Roma (1905) y un volumen sobre la Administración de Roma en la Edad Media (1907).

Consciente del valor de la documentación escrita y la explotación de los textos, impone en 1938, el análisis y comentario de textos en la licenciatura de historia.

En la época en que Henri Berr elaboraba el proyecto de «La Evolución de la Humanidad», solicitó a Louis Halphen un libro sobre Carlomagno y el Imperio carolingio. Desde 1914, Halphen comienza a delinear su trabajo con el propósito de no escribir «una biografía más de Carlomagno, ni trazar un panorama de conjunto del periodo carolingio, sino el de esclarecer las concep-

ciones político-religiosas de las que brotó el Imperio fundado el año 800 y descubrir hasta qué punto respondió a ellas durante cerca de un siglo.»

Este libro sólo será publicado en 1947, en un espíritu bien diferente del libro previsto ya que sufrió los avatares de la persecución racial y del exilio del autor. «Este volumen, recuerda Halphen, comenzados hace años, y cuya primera redacción se hundió en la tormenta, así como casi todas las notas y los libros que me ayudaron a prepararlo, tuvo que escribirse de nuevo por completo lejos de las grandes bibliotecas y en condiciones materiales poco favorables a la revisión definitiva de una obra de esta naturaleza». Bajo las mismas circunstancias adversas escribió su Introducción a la Historia que será publicada en 1946 y que nosotros entregamos su versión en castellano.

11

Este mismo año, Louis Halphen entrega la segunda edición de su *Iniciación a los estudios de la historia de la Edad Media*, y cuatro años después reagrupa sus principales artículos en *A través la historia de la Edad Media*, obra publicada *post mortem*, en 1952.

*

* *

Considerada por el propio autor como un “examen de conciencia” o un retorno sobre sí mismo, la *Introducción* es a la vez un estudio y una reflexión sobre el oficio de historiador al cual se había consagrado durante cuarenta años. Seguro de su experiencia, aboga por el valor científico de la historia frente a los detractores que le niegan este carácter y, en consecuencia, espera que el tema

de su obra anime al lector a algunas reflexiones personales para poner en evidencia el objeto, el método y las posibilidades de, lo que afirma con convicción, la ciencia histórica.

El autor comienza por una breve demostración del carácter necesario de la historia. Ésta nos es indispensable, afirma, ya que al tener necesidad de pensar en lo continuo, ella nos enseña la marcha constante hacia adelante. De esta continuidad la historia saca todo su valor, puesto que en la medida que reconstituye el pasado, ella nos da la clave del presente y nos permite meditar sobre el porvenir. Así, su contenido es el fruto de los siglos que nos han precedido; los hechos a los cuales estamos mezclados son su resultante.

12

En seguida, pasa a analizar brevemente el objeto de la historia que tiene como meta inmediata salvar del olvido los hechos del pasado y como ideal llegar a un conocimiento integral de este pasado. Así, la historia se consagra a recopilar y clasificar los acontecimientos de todo orden que los siglos pasados han sido testigos. Su último objetivo sería proporcionarnos una explicación del mecanismo de las causas y efectos de donde en cada momento ha salido un estado nuevo de la sociedad humana.

Después, en su parte más sustancial, el libro está consagrado a los testimonios históricos. Halphen parte de la afirmación que los hechos pertenecen a la historia en la medida en que son confirmados. En consecuencia, llama la atención sobre la subjetividad de los testigos, sea presenciales o referenciales. En caso de la utilización de obras literarias, el historiador debe saber diferenciar lo real de lo ficticio y tener especial cuidado con los falsificadores, tal como el falsario de documentos escritos Denis

Vrain-Lucas, recordado por Marc Bloch. En fin, para alcanzar la verdad histórica, y evitar errores y faltas, el autor hace un llamado a la sagacidad y prudencia de los historiadores, los que deben cotejar las informaciones de los testigos con los documentos históricos: “sin el sostén del documento escrito el historiador es un navegante sin brújula”.

Una vez que los testimonios han sido clasificados y probados llega el momento de concluir: “El establecimiento del menor hecho supone así un largo y minucioso trabajo, conducido según un método que excluye al máximo lo arbitrario, sin embargo, no degenerando jamás en un procedimiento mecánico”. Así, los hechos una vez establecidos deben ser coordinados, encadenados y en fin expuestos.

13

En su último capítulo, intitulado “Las lecciones de la historia”, Halphen afirma que la historia nos permite el desarrollo de lo que se podría llamar “el sentido de la evolución” ya que nos obliga a razonar en lo concreto y nos previene en consecuencia “contra algunos de los errores de juicio los menos compatibles con una sana apreciación de las cosas”. En este sentido, piensa que no hay mejor escuela de comprensión y de justeza de espíritu, y agrega que así como otras disciplinas enseñan a razonar correctamente sobre datos abstractos, “la historia nos obliga a razonar a partir de un movimiento real, matizado y complejo, como todo lo que es humano”.

Al final del libro se encuentran dos apéndices que analizan “las etapas de la ciencia histórica” y nos informan sobre los “estudios de Metodología histórica”

*

* *

14

Un año después de la publicación de la *Introducción*, Henri Berr, en el prólogo al libro “Carlomagno y el Imperio Carolingio”, presenta a Louis Halphen como un “historiador historizante” que cree que en este dominio la ciencia consiste en descubrir el encadenamiento y la concatenación de los hechos sólidamente establecidos, y que esta causalidad es suficiente para llegar a constituir una “ciencia rigurosa”. A la tesis de Berr que hay sólo ciencia de lo general, Halphen oponía la de que la Historia es la ciencia de lo particular. En este sentido Halphen sería uno de los últimos representantes de la escuela metódica de Langlois y Seignobos que daban al documento un papel fundamental para establecer los hechos y marcar el rumbo objetivo de su disciplina. Julio Aróstegui viene a confirmar esta aserción: “Todavía en 1946, aparecía el pequeño tratado de Louis Halphen que reproducía conceptos empleados cincuenta años antes”.

Desde su publicación, la *Introducción* fue muy mal acogida por el equipo de los *Annales*, especialmente por Lucien Febvre, quien, en un artículo editado en “Combates por la historia”, critica severamente la toma de posición que Halphen hace en defensa de la historia. Esta crítica se comprende en la medida en que los *Annales* marcaban en la época la pauta del quehacer historiográfico y sus miembros criticaban vehementemente la llamada historia episódica. En efecto, estas posiciones opuestas estaban condenadas a chocar entre sí: la posición de

Halphen se centraba en los tiempos breves y en los eventos y la de Fabvre en los movimientos sociales estructurados en los tiempos de larga duración.

Sin embargo la *Introducción* fue objeto de una reseña favorable de la parte de los historiadores Henri Marrou, Paul Goubert y Robert Latouche. Este último, colega y amigo personal del autor, escribe al respecto lo siguiente: “Fiel a las enseñanzas que había recibido, clásicas tanto en su concepción de la obra histórica como en su método de exposición y forma, no creía que debiera lanzar un anatema sobre lo que hoy se llama, con un neologismo que no debió gustarle, historia “basada en los acontecimientos”. También Latouche señala que aunque Halphen se sentía cada vez más atraído por la historia de las ideas y de la cultura, las cuestiones económicas no parecen haberle fascinado.

15

Sin embargo, Halphen siguió siempre apegado a sus principios, como lo demuestra la siguiente observación: “De todo esto -escribe- es decir, del contacto con otras disciplinas vecinas (filología, lingüística, sociología, economía política, estadística), ¿cuál habría sido el resultado útil si los historiadores no hubieran continuado al mismo tiempo su arduo trabajo y cavado sus surcos cada vez más profundamente?”

Señalemos finalmente que en la Sorbona, su influencia contrarrestó la de su colega Marc Bloch, y fue de gran nivel la representación de las dos principales tendencias de la historiografía contemporánea, la historia “historizante” y la de la Escuela de los *Annales*.

FUENTES

16

Christian AMALVI. Dictionnaire biographique des historiens français et francophones: de Grégoire de Tours à Georges Duby. 2004.

Julio ARÓSTEGUI y otros. La investigación histórica: teoría y método. Barcelona: Crítica, 2001.

Henri BERR. La síntesis en historia. México: UTEHA, 1961

Dictionnaire Encyclopédique QUILLET 1937.

Lucien FEBVRE. Combates por la historia. Barcelona: Ariel, 1970.

Louis HALPHEN. Carlomagno y el imperio carolingio. México: UTEHA, 1955.

Carlos BARROS. «La escuela de los Annales y la historia que viene». https://www.academia.edu/3279367/La_escuela_de_Anales_y_la_historia_que_viene

Walter BIEMEL. «Louis HALPHEN. Introduction à l'histoire». *Persée*. https://www.persee.fr/doc/phlou_0035-3841_1949_num_47_16_4219_t1_0561_0000_2

Miguel-Héctor FERNÁNDEZ-CARRIÓN. “Las ciencias sociales y las ciencias históricas: análisis de la historia y la economía en la comprensión de las peculiaridades de la historia económica y la historia de los movimientos de población”. <https://actiweb.one/revistavectores2/archivo8.pdf>

Paul GOUBERT. Halphen (Louis), «Introduction à l'histoire». *Persée*. Biblographie 283. https://www.persee.fr/doc/rebyz_0766-5598_1947_num_5_1_960_t1_0283_0000_2?q=Paul+Goubert

Robert LATOUCHE. «Louis Halphen». *Persée*. Chronique p. 371-376. https://www.persee.fr/doc/bec_0373-6237_1951_num_109_2_460275.

17

P.S. Las notas de los Apéndices son de Louis Halphen, salvo la nota 7, en *Las etapas de la ciencia histórica*.

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA

PRÓLOGO

21

Nunca se han escrito tantos libros de historia como en nuestros días; tampoco nunca se ha impugnado tan vivamente la utilidad de los estudios históricos. Está a la moda burlarse de los historiadores por la vanidad de sus esfuerzos y negar todo valor científico a sus trabajos. Esta actitud no es nueva, pero la reconocida calidad intelectual de los que, en estos últimos años, la han retomado por su cuenta ha perturbado muchos espíritus. En el mejor de los casos, los historiadores son tratados de empíricos. Se les reprocha de haber permanecido desde hace tiempo en un estadio superado en las otras ramas del saber y se reclama de ellos una más amplia y sana comprensión de los métodos que se imponen a toda ciencia digna de este nombre.

Mi propósito no es abogar a favor de una causa que se defiende por sí misma; mas la ocasión me ha parecido buena para proceder a un examen de conciencia y para hacer ver al lector que el tema puede animar algunas reflexiones propias destinadas a poner en evidencia el objeto, el método y las posibilidades de los que yo no temeré, por mi parte, en llamar la ciencia histórica.

22 Este pequeño libro escrito con la información de unas pocas notas, lejos de cualquier biblioteca, y con recuerdos, que quisiéramos disculpar sus deficiencias, probablemente nunca habría visto la luz si las circunstancias, que me impusieron disponer de todo mi tiempo libre no me hubiesen llevado a hacer un retorno sobre mí mismo. Se me disculpará por aprovechar acá la ocasión que se me ofrece para testimoniar mi profunda gratitud a los que, en una hora difícil, me han ayudado con tanto corazón y delicadeza para reencontrar en el trabajo la fuerza de esperar.

La Louvese (Ardèche)

Septiembre de 1943-septiembre de 1944

I NECESIDAD DE LA HISTORIA

23

Es más fácil hablar mal de la historia que pasarse de ella. En el devenir incesante que es nuestra vida, todo se nos presenta bajo el aspecto de “sucesivo”, hasta el punto en que, por una confusión instintiva, estamos inclinados a buscar cuate lo que cuate en su sucesión misma la explicación de los hechos de los cuales somos testigos. De instinto también sentimos sin cesar la necesidad de tranquilizarnos sobre el alcance de nuestros actos al referirnos al pasado, y ningún argumento nos impacta más que la existencia de un precedente.

He aquí tal vez lo que indispone más contra la historia a los hombres amantes de novedad. Ellos ven en ella un instrumento de rutina y no le perdonan frenar su gusto por las aventuras. Pero aquí sus razonamientos no pueden hacer nada: tenemos

necesidad de pensar en lo continuo, porque es en lo continuo que vivimos. Así hacemos todos más o menos historia, como el Sr. Jourdan¹ hacía prosa, y pretender prohibírnoslo sería invitarnos a renegarnos nosotros mismos.

Por otra parte, tenemos que terminar de una vez por todas con este absurdo proceso de tendencia: la historia maestra de “reacción” y enemiga del progreso. La historia, todo lo contrario, enseña la marcha constante hacia adelante, la progresión perpetua, si esta última expresión no es siempre, por desgracia, sinónimo de progreso, en el sentido actual de la palabra, los historiadores están de acuerdo con los moralistas para deplorarlo.

24

*

* *

A partir de esta continuidad, la historia saca todo su valor, porque en la medida en que ella llega a restituir el pasado, ella nos da la clave del presente y nos permite así meditar sobre el porvenir con conocimiento de causa. Sin su socorro, el mundo en que vivimos sería un enigma. La sociedad que nos rodea, nuestras costumbres, nuestras creencias, nuestra cultura, nuestras instituciones, las leyes que nos gobiernan, las organizaciones políticas a las cuales estamos acostumbrados son el fruto de los siglos que nos han precedidos; los hechos a los cuales estamos mezclados, son su resultante.

1.- Personaje principal de la comedia de Molière "El burgués gentilhombre".

No es necesario ir hasta Gran Bretaña, país del tradicionalismo, para sorprenderse por ello: los pueblos más innovadores, los que han creído hacer tabla rasa del pasado, permanecen a pesar de sí mismos y en todos los dominios como los herederos de sus antepasados. Ya que las revoluciones sólo son saltos bruscos de temperatura; ellas interrumpen sólo un momento la curva de donde vienen, sin detenerse a inscribirse en nuestro desarrollo histórico.

El mapa del globo en el que nuestros diplomáticos emplean su tiempo en recomponer a su manera se hace en mayor parte sin ellos, porque la historia está allí para imponer sus leyes. Ella es la que justifica la presencia de tal o cual pueblo en tal o cual región, que da las razones de su afinidad con algunos de sus vecinos o de su irreductibilidad con algunos otros. Al ayudarnos a despejar las características propias de su formación y de su cultura, ella nos ayuda al mismo tiempo a aclarar su orientación y las posibilidades que resultan de ello.

Ahora bien, en esta materia, todo contrasentido histórico se paga: sería tiempo de darnos cuenta de este error.

*

* *

Necesaria para la comprensión del presente, la historia no lo es menos para la salud de nuestros espíritus. Nuestra pasión por lo absoluto necesita un contrapeso, que la historia viene a proporcionar muy oportunamente.

La historia no nos hace escépticos, como se suele decir, pero ella es una maravillosa escuela de prudencia. A los excesos de la

razón, ella opone la barrera de los hechos; a los que creen tener la panacea que curará a la sociedad de sus males, ella recuerda que antes de prescribir un tratamiento, es necesario examinar cuidadosamente al paciente e informarse de sus antecedentes. Ella enseña lo relativo y, por así decirlo, lo “condicionado”, todos los hechos que trata se imponen los unos a los otros y reaccionan los unos sobre los otros. En dos palabras, ella enseña la vida, en su complejidad y sus desvíos, porque su dominio es precisamente el estudio de todo el pasado humano en su rica diversidad.

*

26

* *

Es tal vez desde allí que viene la desconfianza que muchos le manifiestan. En este siglo donde triunfan las ciencias llamadas “exactas”, toda disciplina no reducible a fórmulas parecería ser resorte de la fantasía.

Que se preste atención: al ceder a esta tendencia, iríamos derecho a un endurecimiento del espíritu que lo haría impropio para las tareas que la vida le reserva. Una disciplina sensible a los matices no es por definición extranjera a la ciencia: volveremos a esto ampliamente al analizar el método mismo de la historia. Veremos, así lo esperamos, que, no desagrada a algunos de nuestros contemporáneos, ella presenta un rigor totalmente científico, aunque, en verdad, muy diferente al rigor formal de las matemáticas.

Y esta diversidad misma nos parece un bien, ya que la experiencia prueba que, al ejercerse demasiado en lo abstracto,

nuestra razón pierde algo de sus virtudes. Si ella sólo nos enseña a razonar en lo concreto y a hacer intervenir en nuestros cálculos el factor humano, la historia estaría ya ampliamente justificada.

*

* *

A todas estas ventajas, ella agrega una última: la de habituarnos a la variedad de los tipos humanos. Tenemos demasiada tendencia a traer todo a nosotros mismos, a persuadirnos que nuestro género de vida y nuestra mentalidad son unos modelos de los que ninguno puede apartarse sin estar equivocado. Una gran parte de los malentendidos que surgen entre los hombres tienen su fuente en esta incomprensión mutua, que muy a menudo genera intolerancia.

27

Contra tales tendencias, la historia es sin duda el mejor antídoto. Ninguna disciplina puede mejor que ella anclar en nuestros espíritus el sentimiento de las diferencias inevitables que separan los unos de los otros pueblos y los individuos a merced de los siglos y de las condiciones de existencia.

Ella no sólo nos obliga a desconfiar de lo absoluto donde no hay nada que hacer; ella nos habitúa a más modestia y equidad en nuestros juicios, llevándonos sin cesar a la contemplación de una humanidad esencialmente diversa y en perpetua renovación.

II OBJETO DE LA HISTORIA

28

La necesidad y el interés de la historia aparecerían mejor si nos hiciéramos una idea más clara del objeto que ella persigue. Muchos libros que sus autores declaran históricos, sin que tengan gran cosa en común con la verdadera historia, tienden a crear una confusión, de la cual ésta no es responsable, pero que lanzan sobre ella un incómodo descrédito. Tal vez no sería del todo inútil buscar a disipar el equívoco.

*

* *

El objetivo más inmediato que se propone la historia es de salvar del olvido los hechos del pasado. Se ha dicho que ella sería

la “memoria de la humanidad”, y la definición es justa, aunque restringida al exceso; ya que coleccionar hechos no es un fin en sí. Sin embargo, es indispensable empezar por ahí, y la historia no puede liberarse de ello.

Ella se esfuerza pues por reunir todo lo que ha marcado la vida de los pueblos a los cuales se interesa. Ella se consagra a recopilar y clasificar los acontecimientos de todo orden que los siglos pasados han sido los testigos, prestando una igual atención a las costumbres y a la cultura, a la política y a las condiciones sociales, a los hechos de guerra y a las obras de paz, y no conociendo a su curiosidad otros límites que los de nuestra información. Ya que, al querer de antemano limitar su investigación, ella correría el riesgo de dejar escapar lo esencial.

29

Por tanto, ningún detalle, ninguna particularidad se descarta a priori. El ideal es llegar a un conocimiento integral del pasado, nos acercaremos mucho mejor a él a medida que la recopilación sea más abundante y variada.

*

* *

Sin embargo, ésta no serviría de nada si deberíamos atenernos a una simple nomenclatura. Cada uno de los hechos que revelan los documentos, cada uno de los personajes que nos permiten encontrar el rastro han tenido su fisonomía particular. No confundamos la batalla de Austerlitz con la de Maratón, ni a Enrique IV con San Luis. Conocer el pasado no es solamente conocer la existencia de Maratón o de Austerlitz, de San Luis

o de Enrique IV, sino conocerlos como tales, en lo que los caracterizó y los hizo realidades distintas.

30 Volver a encontrar estas características, es decir volver a ver las cosas bajo su día primitivo y a las gentes en su ambiente y con su mentalidad, es pues para el historiador una obligación a la cual no podría sustraerse sin perder su objetivo. Personajes como Julio César, Luis XI, Cromwell, Napoleón; hechos como la esclavitud antigua o la servidumbre, las guerras de religión, la Revolución Francesa no son concebibles y sólo tienen sentido si se vuelve a colocarlos en su época y si son vistos en el espíritu de esta época, lo que supone entre los historiadores la facultad de olvidar su propio tiempo y su medio, mucho más: olvidarse de sí mismo, despojarse de sus convicciones, prejuicios, sus formas de sentir, para volver a ponerse y volver a ponernos con él directamente de frente al pasado.

Es necesario incluso agregar un don de simpatía por todo lo que ha sido sentido y pensado por otros hombres, en el impulso de sus corazones y en la rectitud de sus inteligencias, ya que no se podría verdaderamente hablar de comprensión sin el respeto por la constancia y el pensamiento de otro. Un libro en el que, por poner un ejemplo, los ritos religiosos de los antiguos griegos o los de los egipcios del tiempo de los faraones no serían evocados como deben serlo los ritos que, durante generaciones, hicieron vibrar las almas y saciar su sed de absoluto, no sería un libro de historia.

Salir de esta manera de sí para acceder como cosa natural al pasado o, si se prefiere, recrear en sí, según el caso, el estado de espíritu de un contemporáneo de Pericles, de Carlomagno o de

Luis XIV es la condición misma de una ciencia histórica plenamente consciente de sus deberes. No diremos con Fenelón que “el buen historiador no es de ningún tiempo ni de ningún país”; diremos únicamente que él es sucesivamente de todos los tiempos y de todos los países, porque el objetivo al que apunta es de resucitarlos a todos uno después del otro. Y es en este sentido que continúa siendo verdadera la frase de Michelet: la historia es una resurrección. Que impulsado por su temperamento de “visionario” y su lirismo, este último, a pesar de su talento, haya muy a menudo dado la espalda a la historia auténtica, no es una razón para rechazar su fórmula. Ella es justa, si eso significa que una de las tareas esenciales del historiador consiste en llenar el foso que lo separa de cada una de las épocas que trata y para hacer presente en nuestras mentes modernas los tiempos, hombres y civilizaciones que han dejado de ser realidades.

31

*

* *

Al volverse hacia el pasado, la historia sin embargo no cede a la atracción de una vana curiosidad. Si ella quiere conocerlo, es para descubrir el secreto de una evolución que, de la edad de las cavernas hasta nuestros días, nos ha llevado por etapas hasta el punto donde nos encontramos. Entre todos los hechos que ella salva del olvido, busca pues incansablemente restablecer los vínculos que los ha unido en la realidad y a deducir las razones que han conducido del uno al otro. Su objetivo último es proporcionarnos una explicación, es decir desmontar bajo nuestros

ojos el mecanismo de las causas y los efectos de donde en cada momento ha salido un estado nuevo de la sociedad humana.

No hay necesidad sin embargo de recurrir al método de exposición de un Montesquieu. La historia la menos filosófica de aspecto es siempre explicativa, porque ella debe de toda necesidad, bajo pena de degenerar en una compilación sin forma, proporcionarnos el hilo de Ariadna sin el cual nos perderíamos en el laberinto de los hechos. Por la manera en que ella los ordena para componer un relato seguido, tan simple y tan despojado de pretensiones que sea, ella es pues obligatoriamente llevada a conectarlos entre ellos, y por consecuencia a pronunciarse de manera más o menos explícita sobre su verdadero encadenamiento.

32

En esto la historia se parece a todas las ciencias de observación, entre las cuales, creemos, sería lógico clasificarla al mismo título que la paleontología. Los hechos del pasado que ella apunta sólo valen como testimonios de las transformaciones de las cuales ella busca las modalidades y las causas. Pero, aplicándose a una materia increíblemente compleja y diversa como es todo lo que toca al hombre y al espíritu humano, ella está, más que cualquier otra ciencia sin duda, obligada a tener en cuenta una complejidad de factores y un entrecruzamiento de influencias que hacen particularmente difícil el establecimiento de conclusiones definitivas.

Su objeto es sin embargo el mismo: ella sólo alcanza el término de su esfuerzo cuando ha llegado a entregar a nuestro espíritu los medios para comprender el porqué del desarrollo de los hechos a los que se refieren sus observaciones. Es esencialmente por esta razón que ella merece ser considerada en el número de las disciplinas indispensables para nuestro conocimiento de la humanidad

III

VALOR DEL TESTIMONIO HISTÓRICO

33

Programa muy ambicioso, se dirá tal vez, pensando en las imperfecciones de esta pobre “ciencia” fundada en hechos vacilantes de testimonios siempre discutibles, y cuyos métodos de investigación pasan por carentes de rigor sin los cuales no hay disciplina científica, en el sentido en que nosotros entendemos estas palabras hoy en día.

Es cierto que los hechos sólo pertenecen a la historia en la medida en que son confirmados. De las más grandes revoluciones políticas, intelectuales o religiosas, de las más grandes conmociones sociales o económicas, ella no sabe que es lo que ha dejado una traza en el recuerdo de los hombres. ¿Podemos construir sobre tales fundamentos?

I

34

Es fuerte la tentación de oponer de entrada a los historiadores un *non possumus* categórico, aduciendo del escaso valor del testimonio humano. La experiencia no prueba que, colocada en presencia de los hechos más simples, e incluso previamente invitados a redoblar la atención, los espectadores, cualesquiera que sean, si se les interroga en seguida sobre lo que han visto, revelan en sus respuestas divergencias tales que se comienza a dudar de su poder de observación, y, en todo estado de causa, de la claridad de su memoria. La brevedad del intervalo que separa los hechos del interrogatorio no cambia nada en ello: nunca los testimonios concuerdan enteramente. ¿Cómo partir de allí para edificar una ciencia digna de ese nombre?

Se puede en efecto epilogar a pérdida de vista sobre las incertidumbres del testimonio humano; pero el escepticismo tiene sus límites. Por muy sorprendente que sean las divergencias que se alegan ruidosamente, de ordinario, ellas dicen mucho menos sobre la materialidad de los hechos que sobre las circunstancias accesorias; y es la razón por la cual en la historia el detalle menudo es lo que más se nos escapa, sin ofender a los aficionados de anécdotas. Pero, sobre lo esencial, algunos testimonios atentos, si no se quiere reclamar de ellos precisiones excesivas, se encuentran casi siempre de acuerdo. Lo importante es no apresurar demasiado a su testimonio.

Y luego es necesario ponerse de acuerdo en lo que la historia designa con esta palabra. La deposición del testigo, de la boca o de la pluma o de quién se recoge la exposición de los hechos, sólo es la mínima parte y, la consideramos, la menos segura. Todo

documento, todo monumento del pasado es reputado igualmente “testimonio”, porque él es a su manera un testigo de tiempos pasados. ¿Qué valor tiene? ¿Qué se puede sacar de ello? He aquí la primera y la verdadera cuestión para quien aborda el estudio del testimonio histórico.

*
* *
*

Los testigos más directos del pasado, aquellos sobre los cuales nadie discute, son los monumentos diversos — edificios, obras de arte, objetos mobiliarios y utensilios — que las excavaciones exhuman poco a poco o que están ante nuestra vista. Sobre este tema, solo un problema: ¿son auténticos en la forma en que se nos presentan? Este punto solucionado — volveremos sobre ello-, los monumentos constituyen testigos irrecusables de las civilizaciones desaparecidas.

35

Testigos mudos sin duda, ¡pero cuán elocuentes! O más que nada ellos son el pasado mismo, aún viviente ante nuestros ojos. No basta saber mirarlos bien y comprenderlos. De los siglos más lejanos de la historia, ¿qué conoceríamos sin ellos? Algunos nombres, algunas fechas — y aún muy inciertas a menudo-, algunos grandes hechos también, pero nada o casi nada de sus gustos, las costumbres y las creencias.

Que se piense en todo lo que le debemos sobre el Egipto de los faraones, la antigua Caldea, la Creta minoica, la Grecia arcaica e incluso sobre el siglo de Pericles, por no hablar de la Roma de los césares. Ya que no hay periodo histórico, por muy provisto

que esté en documentos de otra naturaleza, para que se pueda hacer caso omiso de estos restos materiales por los que sobrevive.

Que se piense también en la enseñanza de las catacumbas; en lo que nos enseñan los descubrimientos de armaduras y ornamentos “bárbaros” contemporáneos de las grandes invasiones; que se piense en las esculturas hablantes de las viejas catedrales, en las ruinas de nuestros castillos feudales, en los palacios del Renacimiento, en Versalles, aún lleno de recuerdos de Luis XIV; en fin en todas estas pinturas — las de los Países Bajos, por ejemplo, de los tiempos del gran esplendor de Ámsterdam, o las del siglo XVIII francés — gracias a las cuales tantos personajes, tantas escenas de su vida pública o íntima nos son aun inmediatamente accesibles.

36

A través de todas estas réplicas del pasado, se restablece inmediatamente el contacto con las civilizaciones más antiguas del mundo; y, sin remontar tan alto, muebles viejos, trajes viejos sacados de un ropero, un antiguo grabado de moda, una máquina de tipo obsoleto, nos dicen mucho, a su manera, sobre la vida de otros tiempos. Estos son testimonios que podrían extraviarnos si no somos capaces de sacar beneficio de ellos.

*

* *

De acuerdo, se dirá, pero cada uno sabe que, sin el sostén del documento escrito, el historiador es como un navegador sin brújula. Sólo el documento escrito le aporta los hitos indispensables para el establecimiento de una cronología, a falta de la cual no hay historia; solo él le entrega el armazón de los hechos.

Ninguna duda sobre este punto: una historia sin textos carece de bases. Pero la mayor parte de los documentos sobre los cuales se apoya, aquellos de cuales sólo podría pasarse en último recurso, no son los relatos de los contemporáneos con su pesado cortejo de incertidumbres y de errores, sino la masa compacta de los que, en breve, podemos llamar los documentos de archivos, reuniendo bajo esta designación a la vez todos los papiros, pergaminos y los papeles conservados hoy en día normalmente en nuestros depósitos de archivos públicos y privados, y también las inscripciones de toda especie que en la antigüedad tuvieron lugar: estos edictos, ordenanzas, textos de leyes, tratados de paz, concesiones de privilegios, actas de donación o de venta, sentencias judiciales o arbitrales, piezas de contabilidad o correspondencia, que son, al igual que los monumentos humildes o fastuosos que acabamos de evocar, auténticos testimonios del pasado, en el cual ellos nos vuelven a sumergir y de los cuales nos libran directamente el secreto.

II

Lo que no quiere decir que ellos nos lo libran de golpe y sin pena: porque nada más que descifrar las escrituras puede plantear problemas difíciles, para la solución de los cuales una piedra Roseta no está siempre a nuestro alcance. En general, sin embargo, el desciframiento sólo es cuestión de atención, de paciencia y de oficio. Se enseña a leer las escrituras antiguas, como se lo hace para las de hoy, y es raro que no se llegue a una solución en condiciones de absoluta seguridad.

Más que la escritura, es verdad, la lengua de los documentos puede constituir también un obstáculo. Aun cuando esta lengua

es la nuestra, ella sólo nos es inmediatamente y plenamente inteligible si el documento es de fecha reciente, ya que nada cambia tan rápido y a veces de manera tan radical como el sentido de las palabras o los matices de pensamiento que traduce tal o cual giro de lenguaje. No es solamente el francés de San Luis o de Luis XI que difiere del nuestro: para poder ser hoy comprendido con exactitud, la lengua de un Enrique IV o incluso de un Luis XIV demanda una prolongada práctica de los escritores de su tiempo.

38

Vamos más lejos: no se podría llegar a la comprensión completa de un documento cualquiera sin estar previamente familiarizado con las costumbres, las instituciones, el estado de espíritu de una época a la que pertenece — lo que constituye, es cierto, una especie de petición de principio, pero como se encuentra en el umbral de toda ciencia, donde nada puede jamás tomar el lugar de la experiencia.

Ni en este sentido, además, ni en el del lenguaje, el obstáculo es tal que pueda hacer dudar de la historia. Sólo se puede dudar de los audaces que, lanzándose atolondradamente y sin preparaciones serias al asalto del pasado, creen poder interpretar documentos según el capricho de su fantasía.

*

* *

Se tropieza con las mismas dificultades y salimos igualmente airoso de ellas si, de los documentos de archivo, testimonios espontáneos de su tiempo, se pasa a los relatos debidos a la pluma de escritores que han consignado por escrito los hechos a los

cuales han asistido, ya sea con la intención de querer guardar para ellos mismos el recuerdo, para informar a sus contemporáneos o para la posteridad. Pero esta vez, hay que reconocerlo, dejamos el terreno sólido de lo que se podría llamar los datos inmediatos del pasado para entrar en el dominio movedizo del testimonio humano.

¿Esto significa que la historia no tiene nada que ganar con esto? Contra una conclusión tan radical, ya hemos tomado posición indicando sumariamente a comienzos de este capítulo lo que se puede esperar, a pesar de todo, obtener de un testigo, siempre que haya estado en situación de ver bien, escuchar y comprender. Que se trate de un narrador del cual sólo tenemos la obra escrita o de un testigo de carne y hueso, de la boca del cual, para épocas recientes, estamos aún en medida de recolectar los recuerdos, no es dudoso que tengamos interés, al contrario, para prestarle mucha atención.

En efecto, en ninguna de estas alternativas, el historiador que tenga alguna practica de su oficio se encuentra desarmado. Él conoce no sólo las precauciones de orden general que se imponen en presencia de un testimonio de esta naturaleza, por muy calificado que pueda ser del cual emana, sino también las precauciones que es necesario tomar antes de hacer uso de él.

Y en primer lugar ¿se trata de un verdadero testigo? A menudo hay dudas, y puede igualmente suceder que, con toda buena fe, el narrador cuente, como si hubiese asistido en persona a hechos que sólo ha conocido por otros. Y si asistía ¿era capaz de observarlos distintamente? ¿No era llevado de antemano a deformarlos consciente o inconscientemente? ¿A cuándo remontan sus recuerdos?

¿Estaba aún, en el momento en que escribía, bajo el efecto de los acontecimientos? ¿O cuántas semanas, meses, años habían pasado desde entonces? Sobre todos estos puntos y todos los que la experiencia puede sugerir, una encuesta rigurosa permite desde el principio decidir en qué medida el testimonio es admisible.

40 Esta encuesta preliminar, cuando se realiza como corresponde, hace aparecer no sólo las cualidades generales del testigo, sino también su capacidad para testificar sobre tal o cual categoría de hechos, o incluso sobre tal o cual hecho particular. Bien colocado para observar los acontecimientos militares de la cuarta cruzada, Villehardouin cesa de ser un informador directo por todo lo que toca a las negociaciones diplomáticas; de un valor inestimable sobre la personalidad de Luis XI, el testimonio de Commynes, que vivió en la intimidad del rey de Francia, sólo es un eco cuando se trata, por ejemplo, de asuntos interiores de Castilla o de Inglaterra, donde sólo hace breves apariciones. Constataciones de esta clase dictan la actitud a adoptar frente a sus relatos: en ninguna circunstancia sin duda, se les creerá en su palabra, pero en el dominio de los hechos sobre los que pueden testimoniar útilmente estando delimitado con claridad, sólo se acogerán sus palabras, cuando se permiten salir de ellas, con un aumento de precauciones.

La forma misma dada por el narrador a su exposición constituye en fin un importante elemento de apreciación, que un historiador advertido no debe descuidar. Más bien que un relato madurado con tiempo, pero a menudo completado con la ayuda de informaciones venidas de afuera, su preferencia va, llegado el caso, a las notas rápidas donde el testigo ha consignado primero

sus observaciones día a día. En su espontaneidad impulsiva, ellas tienen gracias a una redacción más estudiada y más coherente la ventaja de una sinceridad y de una lozanía de impresiones que doblan el valor. Del mismo modo, en caso de declaración oral, el relato improvisado es siempre preferible al que el autor haya podido cuidadosamente pesar los términos y calcular los efectos.

Pero dicho esto, ¿cuál es el investigador que se haría responsable de considerar nula y sin efecto la segunda forma de presentación? ¿Quién no ve siquiera, en ciertos aspectos, las ventajas: lo que vale para un testigo concienzudo el nuevo esfuerzo de memoria y de reflexión al que se obliga en el momento de dar a sus recuerdos su expresión definitiva? Si acaso midió como corresponde los riesgos de una confianza demasiado pronta, el historiador sabrá siempre retener del testimonio, tal como se le presenta, las enseñanzas que parecería comportar, reservándose de probarlo por una confrontación atenta con los otros testimonios de su tiempo.

Se trata de una cuestión de método y de prudencia. Si los cimientos sólidos de la historia son los documentos y monumentos de los que aún se obtiene por sorpresa la vida del pasado, sin que nada se interponga entre él y nosotros, el relato del cronista o del memorialista añade un complemento tanto más valioso cuanto que el narrador ha sabido ver mejor e informar de los hechos a los que ha asistido y a menudo participado. Depende de nosotros prevenirnos de las insuficiencias de su observación o de su juicio, de las flaquezas de su memoria, sus errores, sus tomas de posición; depende de nosotros hacer y marcar la diferencia entre los conocimientos relativos que le debemos y las certezas que nos procuran los documentos irrecusables del primer tipo.

*

* *

Sin embargo, acá se impone una confesión. Sucede muchas veces en historia que dudamos en descartar el “testimonio” de un autor que sólo habla visiblemente sobre la fe de otro.

42 No cabe duda de que, si se procede de esta manera, aumentan en proporciones inquietantes los riesgos de error. Si, no obstante, se decide correr la aventura, es ante todo porque hay períodos históricos para los que disponemos de un número demasiado restringido de testimonios directos, y, en este caso debemos inclinarnos con cuidado celoso ante la más mínima huella del pasado, incluso cuando esté medio borrada; es también y sobre todo que, por muy desfigurados que puedan estar por transmisiones sucesivas, los hechos que un cronista ha tenido conocimiento por otras personas no son menos acontecimientos tangibles que sería arbitrario rechazar sin control.

¿Suprimiríamos de una plumada gran parte del trabajo de Tito Livio o los primeros libros de la *Historia de los francos* de Gregorio de Tours, por la sola razón que ellos no hablan de cosas que no son de su tiempo? Es verdad que la leyenda se mezcla allí con la historia, que la verdad está a veces totalmente oscurecida, lo que nos dificulta discernir sus contornos; ¡pero cuántas páginas también donde ella se transparenta con claridad! ¡Cuántos relatos cuya fuente está indicada o se deja adivinar! ¿Las apartaremos sin otra forma de proceso?

Sin embargo, estos son casos límites. Pero, para tomar los más corrientes, ¿vamos a desestimar sistemáticamente a un Villehardouin o a un Comynnes, cada vez que ellos nos informan, como lo hemos dicho, de acontecimientos que no han conocido personalmente? ¿No

tenían ellos también sus informantes? Nos incumbe decidir hasta qué punto éstos merecían fe y rehacer a través el texto de ambos cronistas la crítica de los testimonios de los cuales ellos sólo fueron ecos.

Tarea, ciertamente, más delicada aún cuando tenemos al testigo mismo frente a nosotros; ¿pero con qué derecho vamos a eludirlo o declararlo vano de antemano? Es bueno solamente acordarse de que, por bien conducidas que sean, estas operaciones críticas así multiplicadas aumenten tanto el margen de error que, como todo científico, el historiador debe aceptar en sus cálculos. Pero le sucede equivocarse, puede esperar que otros vendrán después de él, que, más hábiles o mejor informados, estarán en estado de rectificar su juicio.

43

III

En su sed de conocer todo el pasado, el historiador no vacila incluso en referirse a las obras de escritores que, deliberadamente, nos conducen tras de sí en plena ficción: novelistas, cuentistas, dramaturgos, poetas, cuyo único propósito es divertir o encantar a sus propios contemporáneos. Ciertamente, en la medida en que sólo son ficciones, la novela, el cuento, la comedia, el poema, no nos pueden enseñar nada de positivo, sino sobre los gustos literarios del tiempo que los ha visto nacer; pero lo que sus autores, conscientemente o sin su conocimiento han puesto en ella parte de la realidad, es suficiente para convertirlos en testimonios, a veces reveladores, de las costumbres, creencias e incluso de las instituciones de su época.

Que utilice la prosa o los versos, es en efecto del medio que lo rodea de donde el escritor extrae lo más a menudo el marco en el que va a colocar sus personajes y hasta los rasgos mismos que les presta. Aparte del caso de las “reconstrucciones históricas”

en las cuales ciertos novelistas se complacen y donde se ingenian para repudiar el presente, los autores de las ficciones más exitosas dejan siempre transparentar lo real a través de los bordados de su imaginación. Un Girard de Roussillon, un Garin le Lorrain no corresponden a ningún tipo de barón del siglo XII, y los poetas de entonces que nos han cantado sus hazañas han incluso hecho todo para desviarnos, situándolos fuera de su propio tiempo; pero ¿dónde encontrar una imagen más sorprendente de la vida feudal en la época de Philippe Auguste?

44

Que sólo hayan pretendido con sus invenciones divertir a su público, ¡qué maravillosos evocadores del pueblo de Francia de los siglos XIII y XIV, no obstante, son los autores de todos los “fabliaux”¹ y de todas las comedias de costumbres, con los cuales nuestra literatura se enriquecía entonces y sin los cuales nuestro conocimiento de la sociedad medieval sería bastante incompleto! ¡y tantos rasgos característicos que le debemos a un Aristófanes o a un Plauto, un Molière o un Beaumarchais, un Chaucer, un Boccaccio o un Cervantes, un Balzac, un Dickens o un Tolstoi, y a una cantidad de otros escritores, ilustres u oscuros, que, en los géneros más diversos y con talentos desiguales, han malaxado con sus invenciones tantos elementos sacados de la realidad cotidiana!

El peligro - ¿es necesario subrayarlo? - es la dificultad en la que nos encontramos siempre para distinguir claramente lo real de lo ficticio en obras donde la fantasía es la regla general, incluso cuando sus autores afirman ser puros “realistas”. Por eso, ningún testimonio debe aceptarse sin más; y nunca debe imponerse el

1.- Cuentos franceses medievales.

talento del escritor, que sabe dar un acento de verdad a los detalles menos verosímiles. Desatendiendo la seducción que su obra ejerce, hay que tener el coraje de tratarla con el mismo desapego, el mismo rigor frío que un dossier de archivo. Es necesario tomar el partido de disecarla con una crítica tanto más despiadada cuanto que la obra misma procede de un arte más acabado.

Pero, tomadas estas precauciones, hay que saber no perder las enseñanzas y por un análisis atento, aplicarse, a la luz de otros documentos contemporáneos, a extraer la sustancia histórica. Se ha demostrado que, si se utilizan métodos y discernimientos, se pueden obtener de ello grandes beneficios: el libro de Achille Luchaire² sobre la *Sociedad francesa en tiempos de Philippe Auguste* lo atesta elocuentemente.

45

*

* *

El historiador no descarta tampoco el testimonio de escritores que, sin dejar de anunciar, por su parte, su propósito de pintar lo real, sólo retienen sistemáticamente uno de sus aspectos: el que es de su conveniencia, los unos — panegiristas, hagiógrafos, abogados, - se consagran sólo a mostrar el lado bello de las cosas y de las personas, los otros — satíricos, panfletarios, sermonarios — por una tendencia inversa, a mostrar sólo las taras.

Y, sin embargo, todos parten de lo real y nos entregan de ello su interpretación. Sus afirmaciones contradictorias no son ni

2.- Achille Luchaire (1846-1908), historiador, profesor de la Sorbona.

más ni menos una imagen de la verdad que los expedientes de cargos y descargos que el juez instructor maneja cotidianamente. Y, después de todo, ¿no se podría afirmar que el sesgo de elogio o de reprobación del cual, ni de un lado ni de otro, no nos ocultamos habitualmente, es una forma de garantía, en el sentido que estamos desde el comienzo advertidos del carácter unilateral y, en cierta medida limitativo del testimonio y, por lo tanto, más capaces de definir su alcance?

46

Pocos panegiristas o "satiristas", es verdad, saben resistir a la tentación de forzar la realidad hasta la idealización o la caricatura. Pero, conociendo la ley del género, sería imperdonable dejarnos arrastrar por ellos. Las exageraciones del testigo deben bastar en este caso para colocarnos en guardia y aguijonear nuestra crítica.

*

* *

Sin embargo, estamos aquí en el límite: la brecha no es tan grande, tanto para el narrador que le otorga el estímulo necesario a la verdad para poder adaptarla a sus puntos de vista, así como para el que inventa de la nada. Pensamos en particular a estos memorialistas charlatanes —ellos son legión— que afirman descaradamente haberse encontrado en todas partes donde algún acontecimiento notable se producía, incluso haber jugado allí mismo un rol decisivo, y que nos cuentan con todo detalle, con precisiones imaginarias, hechos que han ocurrido fuera de su presencia.

Contra tales trampas que su mala fe arma contra nuestra credulidad, es raro felizmente que estemos completamente desarmados, y la experiencia prueba que con un poco de atención y de sagacidad, es posible, por lo general, descubrir por completo su engaño aplicando a sus relatos los procedimientos normales de control y crítica. Estudios como los de Pierre Conard sobre las *Memorias* del general Marbot muestran claramente los medios que disponemos para reducir sus jactancias a la nada.

IV

¿Pero cómo defendernos eficazmente contra el riesgo mayor: el que constituye, ya no solamente el falso testimonio, sino simplemente lo falso? Tantos historiadores, y entre ellos historiadores ilustres se les ha escapado este punto de clarividencia, que toda historia termina, a los ojos de muchos, por ser marcada de sospecha.

47

Es un hecho que los estragos causados por la impostura en el campo de los historiadores han sido grandes en todos los tiempos: abundan los falsos pergaminos, falsos papeles, falsas memorias, falsas inscripciones, falsos monumentos arqueológicos, y no siempre es cómodo resistir a la tentación que nos hace aceptarlos un poco rápido como auténticas pruebas de apoyo para nuestras inducciones. Nos recordamos de bellas reconstrucciones “históricas” a las cuales los pretendidos “hallazgos” de Glozel³ han, hace algunos años, proveído una abundante materia: y larga sería, para todos los periodos de la historia, la lista de referencias a documentos

3.- Glozel, aldea del departamento del Allier, cerca de Vichy, donde se habrían descubierto, hacia 1930, piezas prehistóricas cuya autenticidad ha dado lugar a vivas polémicas.

falsos o falsificados que encumbran las notas de libros justamente reputados. ¿Pero qué obtener de ello, sino una invitación a redoblar de circunspección y sólo admitir un testimonio únicamente después de haberlo cuidadosamente puesto a prueba?

Siempre se ha fabricado, y continuarán fabricándose falsas “tiaras de Saitafernes”⁴ o falsas cerámicas prehistóricas mientras haya en el mundo aficionados a antigüedades bastante ingenuos para dejarse engañar; la industria de fabricantes de falsas piezas de archivos, de falsos autógrafos, de falsos “recuerdos históricos” no data de hoy en día, y ella tiene posibilidad de perpetuarse mientras haya intereses para defender y víctimas para engañar.

48

De siglo en siglo, los falsificadores han rivalizado en ingeniosidad para despistar la opinión, y la historia de sus invenciones llenaría bibliotecas. Henos aquí pues debidamente advertidos de precauciones que debemos tomar.

Así la primera tarea del historiador consiste en asegurarse por todos los medios que están en su poder para verificar la autenticidad de documentos o monumentos del pasado que haya podido reunir. Que la operación sea a menudo delicada; que a la ingeniosidad del falsificador sea necesario oponer una ingeniosidad superior, para lograr despistar su fraude, que se pueda raramente contentarse, para llegar al fin deseado, con criterios puramente exteriores, tales como la procedencia del documento, la calidad del pergamino o del papel, la naturaleza de la tinta, el aspecto de la escritura, el de las firmas y de las marcas de sellos

4.- La Tiara de Saitafernes es una tiara de chapa de oro, comprada por el Museo del Louvre de Paris en 1896 y que posteriormente se reveló ser una falsificación

o timbres, si se trata de piezas manuscritas, o las condiciones del hallazgo, el análisis de los materiales empleados y la técnica de la fabricación, si se trata de monumentos o de pequeños objetos, todo esto es cierto; y es lo que explica los errores cometidos en esta materia por grandes espíritus agudos. Pero sus errores cometidos sólo representan un retraso en el establecimiento de la verdad. Ya que la falsificación termina por ser detectada, y a menudo por aquellos mismos que han sido las primeras víctimas.

*

* *

De todo lo que precede resulta, desde luego, una gran lección de prudencia; pero no es el valor del testimonio histórico el que está cuestionado; es la sagacidad del historiador. Si se deja engañar, es a él y no a los documentos con que hay que entenderse.

Las dificultades con las cuales tropieza, aunque sea sólo para interpretarlas correctamente y apreciar su alcance, nos advierten desde el comienzo que la ciencia a la cual se consagra reclama una gran preparación y cualidades de espíritu análogas a las que necesita la práctica de otras disciplinas científicas; y es sin duda porque en todos los tiempos demasiadas personas han creído poder improvisarse en historiadores, sin darse el trabajo de aprender el oficio, que la historia pase a ser los ojos de muchos un ejercicio vano y estéril.

IV
LA CRÍTICA DE LOS TESTIMONIOS Y
EL ESTABLECIMIENTO DE LOS HECHOS

50

¿Pero cómo ver claro en medio de tantos testimonios discordantes y cómo, de la combinación de elementos tan desiguales, esperar obtener la verdad? ¿Acaso los historiadores no son engañados por estos testimonios, y, a su vez, no somos nosotros engañados por estos historiadores, cuando nos ofrecen, después de la lectura de documentos, una versión de los hechos, que, en general, no corresponde estrictamente a ninguno de los testimonios alegados y que, tomando prestado de todos, corre el riesgo de no merecer más crédito que cualquiera de ellos?

I

Sobre este punto, tal vez nadie ha ido tan lejos en la vía del escepticismo como uno de nuestros eruditos más eminentes,

Charles-Victor Langlois, cuya ambición en los últimos años de una fecunda y brillante carrera, se limita en forma voluntaria a valorar textos significativos, absteniéndose a no agregarles nada, ni tampoco sacar de ellos alguna conclusión por temor a sustituir sus propias visiones al testimonio de los contemporáneos. Sus cuatro volúmenes sobre la *Vie en France au moyen âge* muestran hasta donde puede ir esta evasión sistemática del historiador ante los documentos. En esta obra entrega sucesivamente la palabra a algunos novelistas, moralistas, enciclopedistas y pensadores de los siglos XII, XIII y XIV, reteniendo de sus escritos, analizados uno a uno, los rasgos propios para ilustrar una historia de la sociedad feudal, dejándonos para después la preocupación de completarlos y concordarlos.

51

De este modo, estos cuatro volúmenes, que pretendían inaugurar un método nuevo, prestaron el gran servicio de permitir a muchos lectores familiarizarse con un cierto número de obras literarias muy apreciadas en los medios señoriales de los tiempos de San Luis y de sus primeros sucesores, y entrar así en contacto directo con la mentalidad medieval. ¿Pero cómo sostener sin paradoja que un pequeño grupo de textos, cuya elección sólo puede ser arbitraria, puede acercarnos con mayor seguridad a la verdad que una confrontación metódica de todos los testimonios llegados hasta nosotros?

Corresponde al lector, agregaba por otra parte CH.-V. Langlois, hacer él mismo, si lo considera necesario, las aproximaciones útiles y reconstruirse, inspirándose en textos analizados, un pasado a su conveniencia —lo que era, por un desvío, reconocer la legitimidad de la operación y a la vez abandonarla al capricho del

primer llegado. ¿Qué se pensaría de un biólogo que, obedeciendo al mismo escrúpulo, pudiera abstenerse igualmente de aproximar e interpretar las observaciones sucesivas de sus experiencias para dejar este cuidado a los incompetentes? Esta demisión del sabio a la hora en que se le impone la necesidad de concluir denota una tal falta de confianza en la virtud de la razón que equivaldría, si fuera algo más que una broma de desilusionado, a la negación no solamente de la historia, sino de todas las ciencias cualesquiera que sean.

52 Confrontar los testimonios para tratar de sacar la verdad ya no es un juego cuando se trata de acontecimientos actuales, sobre los cuales, por ejemplo, un juez de instrucción está llamado a pronunciarse. Es, una vez más, cuestión de saber, de sagacidad y de método; y, si sucede a menudo, es verdad, que faltan los elementos de una certeza, la duda a la que se llega deja de ser la duda de principio y esterilizadora del escéptico, para transformarse en una duda razonada, aplicable a tal o cual caso particular, como es la regla en todas las ciencias. Lejos de conducir al renunciamiento, marca entonces frecuentemente una etapa fecunda en la conquista de la verdad.

II

En la práctica, por lo demás, la mayor parte de los hechos surgen con una claridad suficiente de la simple aproximación de los testimonios recogidos, con tal que el dossier haya sido establecido con cuidado.

Sin duda no es de la sola diligencia del historiador que depende el valor probatorio de este dossier: hay periodos en la historia

para los cuales la penuria de documentos conservados es tal que incluso la investigación mejor conducida sólo permite obtener una escasa cosecha. Sucede incluso que ciertos hechos sólo estén atestados por un solo texto, un solo monumento, lo que, en todo rigor, debía prohibir concluir, en virtud del adagio, *testis unus, testis nullus, un testigo, ningún testigo*. Pero son precisamente los casos de esta categoría los que justifican la duda razonada de la cual hablamos.

Cuando el conjunto de pruebas reunidas sea insuficiente o cuando un hecho no tenga otro garante que un solo testigo, por muy serio que sea, la prudencia ordena al historiador circundar sus afirmaciones de reservas lo suficientemente claras para que nadie pueda equivocarse sobre su carácter provisional. En los casos normales, por el contrario, sobre todo cuando se trata de tiempos modernos o incluso de los últimos siglos de la Edad Media, es posible para cada hecho constituir un expediente que lleve la convicción; y a esta tarea debe dedicarse el historiador desde el principio.

53

*

* *

Trabajo delicado y complicado, que requiere mucha paciencia y un método muy seguro. Ya que los testimonios, como bien se piensa, no son siempre fáciles de reunir, y no es husmeando a la aventura que se les encuentra ordinariamente: si hay en historia como en toda ciencia, los azares felices que colocan sobre la pista de un descubrimiento, éstos son raros y no podrían jamás dispen-

sar de una investigación metódica, conducida según principios exactamente definidos.

En condiciones normales, los documentos del pasado no yacen desordenados en archivos, bibliotecas, colecciones y museos, tampoco en el suelo o en las entrañas de la tierra. Se depositan en capas sucesivas en un orden que sigue el curso de la historia, de modo que, por lo general, todavía es posible encontrarlas hoy en día en su lugar lógico.

54

Respecto de tal institución, tal serie de acontecimientos, o tal incidente, un historiador instruido de su oficio, puede así de antemano conocer los fondos de archivos, los fajos de cartas, los expedientes de justicia o de policía, para tomar sólo algunos ejemplos, donde en principio estará seguro de encontrar lo que busca. Su investigación puede conducirlo a muchos viajes, de depósito en depósito, de biblioteca en biblioteca, a través de su país o a través del mundo; puede ser llevado a recorrer de París a Roma, de Roma a Barcelona o a Simancas, a Londres, Berlín, Viena, Washington... Pero no es su fantasía que lo empuja; él acude allí donde hay lugar de prever que reposan aún documentos deseados.

Éstos, como sucede a veces, sobre todo cuando se trata de periodos antiguos, faltan en la lista, porque han sido desplazados de su lugar habitual, pudiéndose de ordinario calcular la dirección que han tomado, los expedientes, las colecciones donde, según toda verosimilitud, han debido ir a encallar: entre las piezas reunidas en vista de tal proceso o de tal trámite; entre los papeles de tal hombre de Estado, de tal hombre de ley, de tal erudito; confundidos con documentos similares de tal otra

institución o de tal otra colectividad, etc. La investigación, así, vuelve a partir sobre nuevas pistas.

Y si, por mala suerte, los documentos esperados han desaparecido, sigue siendo la sagacidad del historiador descubrir, en la medida de lo posible, el equivalente o la contraprestación: por ejemplo, la contabilidad de los beneficiarios de una serie de pagos, a falta de cuenta de los gastos efectuados por una u otra administración; un lote de documentos de familia, a falta de las escrituras públicas del registro civil; los archivos diplomáticos del extranjero, a falta de los del país interesado, etc.

De manera general, la realización de una investigación histórica exige en todo momento cualidades de espíritu y una diligencia que, sin perjuicio de las incertidumbres inevitables en esta materia, la convierten en una operación de carácter realmente científico. Una precipitación intempestiva, la menor negligencia comprometería los resultados. Sólo después de haber hecho metódicamente el recorrido a todos los depósitos públicos o privados donde debe esperarse en buena lógica recoger los testimonios útiles; y sólo después de haber visitado los campos de excavaciones, las colecciones y los museos de los cuales puede esperar la ayuda; examinado minuciosamente todas las compilaciones manuscritas o impresas en relación con su tema y consultado con atención los relatos de todos los cronistas o memorialistas en situación de informarle, el historiador puede legítimamente cerrar sus expedientes.

Dispone entonces de todos los datos materiales existentes sobre las cuestiones por resolver: el trabajo de confrontación de los testimonios puede comenzar.

III

Aquí llegamos al meollo del problema. Porque si se cuestiona el valor científico de las combinaciones de testimonios a las que recurren los historiadores, es sobre todo porque se cree que son arbitrarias.

56

Sólo lo son entre los que no conocen su oficio, entre esos compiladores que limitan su ambición al ensamblaje de un paquete de fichas, o en estos “amateurs” que creen que están haciendo un trabajo histórico cuando han, en efecto, rebuscado entre los testimonios los que son de su conveniencia, sea por razones sentimentales o ideológicas, sea por su pintoresco, sea incluso a causa de un pretendido “acento de verdad” que tendrían mucha dificultad para definirlo. Que mediante este último “método” se puedan escribir libros agradables y que tales libros terminen captando la atención del público, para dar la ilusión que el arte de utilizar los documentos depende de una técnica ajena a la ciencia, la historia verdadera no puede tener la culpa.

Entre los testimonios que la solicitan, la historia se aplica por su parte, a hacer una elección racional, evitando, en la medida de lo posible, contentarse con palabras o dejarse llevar por consideraciones extra-científicas. En primer lugar, cada testimonio se analiza separadamente, según los principios generales indicados en el capítulo precedente, es decir teniendo respeto por su naturaleza, su fecha, la calidad de la información que representa; luego es examinado a la luz de otros testimonios recogidos.

Porque, por muy bien situado que haya estado un testigo, por seguras que puedan parecer las informaciones proporcionadas por un documento de archivo o un monumento arqueológico,

por más concluyentes que sean a primera vista las afirmaciones de un documento oficial, el historiador debe tener una regla de la cual no debe apartarse por ningún motivo; no dar nunca un testimonio por decisivo si no es confirmado por otras fuentes.

Sólo la observación estricta de esta regla permite evitar los errores a los que amenazan conducir los numerosos errores de transcripción o incluso de redacción que se deslizan hasta en los documentos públicos; sólo ella permite descubrir las alteraciones que un texto o un monumento han a menudo sufrido con el curso del tiempo; sólo ella permite remediar la falta de atención o fallas de memoria a las cuales ningún testimonio escapa. Y cuando el historiador se ve, a raíz de la penuria de documentos, privado de este modo de control, sabe y debe tener la honestidad elemental de subrayar el carácter incierto de sus conclusiones.

57

*
* *

Cuando por cada hecho, todos los testimonios reunidos han sido así probados, se clasifican metódicamente, teniendo en cuenta no sólo de su calidad, sino también de su concordancia o de su discordancia. El número de los que figuran en cada categoría importa evidentemente mucho menos que su valor propio, una versión errónea de los hechos pudiendo encontrar más crédito que la versión auténtica, y, por otra parte, la identidad de los detalles aportados sólo es concluyente si se trata de testimonios independientes unos de otros.

Sucede con demasiada frecuencia que algunos historiadores se dejan impresionar demasiado rápido por coincidencias

debidas a la repetición pura y simple de una misma aseveración, a veces legendaria, o de un mismo texto reproducido más o menos literalmente. ¡De inmediato nuestros escépticos se burlan de la ingenuidad de estos pretendidos hombres de ciencia a los que tan fácilmente se les deslumbra con falsas apariencias! En realidad, sólo caen en la trampa los historiadores cuyo sentido crítico está mal aguzado. Los demás saben establecer la distinción entre los testimonios originales y los que no son más que copias o réplicas insignificantes: basta con un poco de prudencia y de perspicacidad para lograrlo sin demasiada dificultad, cuando el examen intrínseco de cada documento se ha realizado primero con cuidado y que se fija en la fecha y las circunstancias en las que fue compuesto.

El expediente de los testimonios se simplifica entonces: sólo permanecen en presencia las diversas categorías de los que realmente cuentan, y que representan ellos mismos las diversas versiones originales de los hechos que se proponen establecer. Estas versiones son confrontadas, y entre ellas la elección se realiza en razón directa de la autoridad que se adhiere para cada hecho particular a las declaraciones de los testigos que son sus garantes.

Si una de ellas tiene la garantía simultánea de todos los testimonios autorizados y verdaderamente independientes los unos de los otros, se llega a la certeza, a esta sola y última condición que el número y la diversidad de los informadores sea de naturaleza a disipar todo equívoco. Por lo demás, sólo se podría hablar de verosimilitudes, que corresponde al historiador dosificar, antes de dejar constancia de ellas.

IV

Es solamente cuando todos los testimonios han sido clasificados y probados como acabamos de decirlo, que llega por fin el momento de concluir. El establecimiento del menor hecho supone así un largo y minucioso trabajo, conducido según un método que excluye al máximo lo arbitrario, sin embargo, no degenerando jamás en un procedimiento mecánico.

Sobre la materialidad del hecho, los testimonios concuerdan la mayor parte del tiempo. No ocurre lo mismo respecto de la fecha: sucede que el año, el día, la hora varían a tal punto que es difícil discernir la verdad entre las contradicciones. De allí las divergencias, a veces importantes entre las conclusiones de los historiadores, sobre todo cuando tratan periodos muy antiguos, donde las diferencias pueden, en casos extremos (para la historia del Oriente entre otras), cifrarse por siglos. Pero se trata entonces casi siempre de conclusiones fundadas sobre datos puramente arqueológicos, incapaces por sí mismas de entregar una base cronológica sólida, o sobre una base de verosimilitudes, que sólo pueden llevar, por supuesto, a otras verosimilitudes.

En los casos normales, las diferencias de fechas corresponden a errores materiales, que está habitualmente en nuestro poder despistar y rectificar: por ejemplo, una falsa fecha de año registrada por un escriba distraído, sea de manera accidental, sea de manera continua, sobre toda una serie de piezas que la redacción o la transcripción le ha sido confiada. (Tenemos numerosos ejemplos, incluso por las administraciones tan bien organizadas como la cancillería pontifical en la Edad Media). Si el error se repite, él se denuncia solo; si él está aislado, la confrontación de

la pieza errónea con los otros documentos relativos al mismo hecho basta casi siempre para eliminar.

La falta de precisión de un testigo, la inexactitud de su información o de sus recuerdos son otras causas de divergencias, las que se superan habitualmente en forma fácil por una confrontación también metódica de las aserciones en presencia. Debe tenerse en cuenta entonces no solamente el valor general de los diversos testigos, sino también, y, sobre todo, sus cualidades particulares de exactitud cronológica.

60

Puede suceder por último que las divergencias sólo sean aparentes y se expliquen por el recurso a modos de cómputo diferentes, por ejemplo, en el cálculo del año o del mes, o en la notación de las horas: un estudio sobre el conjunto de los textos al cual el que se examina pertenece debe permitir detectarlo rápidamente.

En todo caso, constatamos de nuevo que ninguna situación es dejada al azar ni a la fantasía en estas operaciones críticas, que suponen a veces una cierta ingeniosidad, pero sobre todo y siempre esa firmeza de juicio de la cual un historiador no debería jamás apartarse.

*

* *

Es sobre las circunstancias en que se ha producido un hecho que las divergencias son comúnmente las más marcadas, y lo que hemos dicho precedentemente de las imperfecciones del testimonio humano da razón de ello. La incapacidad de los testigos para observar adecuadamente, la infidelidad de sus recuerdos, su

tendencia irresistible a sustituir falsas precisiones a sus incertidumbres son cosas demasiado conocidas para que sea útil volver sobre ellas. También debemos aquí redoblar de prudencia y sólo tener por adquirido los puntos sobre los cuales el acuerdo de los documentos no da lugar a ninguna hesitación. Entre los reproches dirigidos a los historiadores, hay uno a los cuales demasiado de entre ellos se exponen: el de una complacencia ingenua por una gran cantidad de detalles que halagan su imaginación y por un “pintoresco” de pacotilla.

Pero si una separación severa de los documentos y la investigación atenta del detalle sólidamente testificado por testimonios irrecusables, conducen a rechazar o tener como dudosas, por no decir sospechosas, cantidad de anécdotas que obstruyen la historia, aún hay todavía, incluso para las épocas menos aprovisionadas en documentos, un conjunto de hechos bastante bien conocidos para que se pueda obtener el sentido y el alcance, es decir hacer de ello el objeto de una ciencia verdadera.

V LA COORDINACIÓN DE LOS HECHOS

62

Aquí, es verdad, se presenta el problema delicado de los medios que dispone la historia para restablecer el encañamiento de los hechos revelados por los documentos.

Contrariamente a lo que pasa en la mayor parte de las ciencias de observación, el historiador no puede reproducir a su manera los hechos en curso de examen ni controlar por la experimentación lo bien fundado de sus primeras inducciones. Pero ¿debemos concluir, con ciertos críticos, que las series bien organizadas de causas y efectos que nos presenta no son más que meros puntos de vista de su mente?

*
* *

Es raro, observémoslo en primer lugar, que el encadenamiento de los hechos no surja, al menos en parte, de los documentos mismos, y a menudo con gran claridad.

Como es natural, aquellos de estos documentos que, para simplificar, hemos llamado documentos de archivo, incluso cuando no están efectivamente conservados en depósitos de archivos -actas oficiales, contratos públicos o privados, piezas de contabilidad, etc., que son todos en un mismo grado testimonios directos de la vida del pasado,- son los más decisivos, porque siendo redactados para el uso de los contemporáneos y para fines ajenos a la historia, tienen menos probabilidades que otros haber "organizado" los acontecimientos en función con estos puntos de vista arbitrarios que se atribuyen a los historiadores.

Ahora bien, las disposiciones que contienen y que por lo general tienen por objeto notificar, casi siempre van acompañadas o precedidas de considerandos capaces de poner de manifiesto la secuencia lógica de los hechos de los que resultan. La menor acta de venta, donación o cambio, el más mínimo laudo arbitral o judicial, la más mínima decisión del poder público incluye recordatorios de este tipo, que son una verdadera historia, de la que no hay nada que retirar salvo quizás una cierta propensión a justificar a toda costa las medidas adoptadas.

Las exposiciones de los motivos de las leyes, edictos, decretos y ordenanzas son, en este sentido, una valiosa fuente de información, por lo general muy fiable, concerniente a la historia política

y administrativa del país a que se refieren esos documentos. Obligado a remontar constantemente de los efectos a las causas para explicar las decisiones tomadas, el legislador, cualquiera que sea, se encuentra al mismo tiempo proporcionándonos un hilo conductor, que tiene todas las posibilidades de conducirnos directamente al objetivo.

64 ¡Cuántas enseñanzas se pueden extraer también de las quejas formuladas por los administrados y de sus peticiones, tal como son consignadas, entre otras cosas, en los "rollos de agravios" de las provincias y bailíos de Francia en los siglos XIII y XIV o en los famosos "Cuadernos" preparatorios a los Estados generales de 1789! ¡Y cuánto, desde este mismo punto de vista, no hay que sacar de las observaciones presentadas en su correspondencia, sus informes y sus "memorias" por los agentes del poder central, y especialmente por los intendentes de realeza francesa de los siglos XVII y XVIII!

Al igual que el legislador, al cual indican a menudo las reformas que deben emprenderse, administradores y administrados son inducidos sin cesar a buscar las causas de los males que denuncian, con la esperanza de obtener los correctivos necesarios. Y cuando, por casualidad no lo hacen en términos expresos, lo sugieren y nos hacen disfrutar de su indiscutible experiencia.

La continuidad de las piezas que componen un dossier de archivos, si nada ha venido a perturbar la ordenación primera o si esta ordenación ha podido ser restablecida, es a menudo ella misma una indicación: entonces basta con dejarse llevar por los documentos, leídos uno tras otro, tal como se nos ofrecen, para ver reconstituirse la cadena de los hechos casi automáticamente.

Y es por eso que los historiadores conocen por experiencia las facilidades particulares que encuentran para trazar la historia de tal o cual establecimiento civil o religioso, de tal o cual institución pública cuyos expedientes han permanecido clasificados en el mismo orden que, desde el origen o muy temprano, las necesidades administrativas dictaron a aquellos que fundaban los derechos.

El testimonio de los contemporáneos añade en fin mucho a lo que resulta del simple examen de los documentos de archivo. Numerosos, entre otros, son los que, habiendo participado en la acción, no se contentaron con relatar lo que vieron u oyeron, sino que nos entregaron el secreto de sus intenciones, de sus esperanzas y de sus decepciones, ayudándonos con sus confianzas a desenredar la madeja de los acontecimientos en los cuales personalmente jugaron un rol.

De una manera general, es excepcional que un testigo se limite a anotar los hechos sin concordarlos entre ellos, o más bien que estos hechos no se presenten bajo su pluma completamente coordinados, tal como han sido ante sus ojos en la realidad. Que le suceda engañarse sobre sus relaciones profundas o dejarse enceguecer por los prejuicios de su tiempo (cuando se trata por ejemplo de medidas tan mal comprendidas e impopulares como lo fueron en su momento las reformas de Turgot) no le debemos menos una explicación de las cosas que, a falta de otros méritos, refleja con más o menos fidelidad la opinión de su tiempo y también nos proporciona un hito útil.

*

* *

El examen directo de los hechos es además de naturaleza a sugerir a un historiador experimentado el medio de suplir el silencio o la insuficiencia de los testigos contemporáneos sacando partido del conocimiento que ya ha adquirido en el pasado.

Hablando con exactitud, la historia no se repite nunca. Ella es todo lo contrario, cambio incesante, porque las condiciones materiales y morales de la vida humana están en un perpetuo devenir. En nuestro siglo de transportes ultra rápidos por aire, tierra y mar, de telegrafía y telefonía sin hilos, de productos de síntesis, fabricados en serie, es obvio que causas y efectos ya no se encadenan siempre de la misma manera ni sobre todo al mismo ritmo que en el tiempo de la diligencias y de los barcos a vela, del correo tirado por caballos, de los productos naturales y de los talleres familiares. Sin embargo, entre los hechos de un mismo periodo hay analogías bastante marcadas para que puedan inferirse sin equivocación unos de otros.

Por lo demás, durante mucho tiempo, las condiciones de vida han evolucionado con tanta lentitud que, para las épocas antiguas, el razonamiento por analogía no se enfrentó con serias dificultades. Por ejemplo, durante siglos los procedimientos de cultivo casi no han variado; las herramientas industriales, sólo se ha transformado por etapas insensibles, los mismos medios de transporte, sólo han hecho pocos progresos y se le señala como revoluciones la introducción en Occidente de la collera, del herraje con clavos y del enganche en fila de los caballos de tiro, o la invención del

timón. Si desde entonces los cambios se han ido acelerando, hasta frustrar hoy en día, tan rápido son, los pronósticos más razonables, la historia dispone, por el contrario, de una documentación cuya abundancia sin cesar aumentada compensa, y más allá, la rapidez misma de la evolución, entregándole a cada momento elementos de comparación múltiples para periodos cada vez más cortos.

Sin duda, comparación no es razón. ¿Pero cuál es la ciencia que se priva de este medio de encuesta, tan capaz de llevarnos progresivamente a la meta? Cuando un historiador familiarizado con el género de hechos y con la época que trata, vivifica también la información de los textos con el fruto de su experiencia, el pasado se ilumina; los documentos toman en primer lugar un relieve insospechado, y, en la cadena de los acontecimientos los eslabones que faltan se sustituyen por sí mismos.

67

*
* *

La ley del eterno cambio a la cual la historia está sometida no excluye sin embargo la constancia relativa de ciertos datos que, desde diferentes puntos de vista, dirigen el curso, tales como la naturaleza humana, la configuración del globo terrestre, las estaciones del año, el clima, etc.

Sin duda, ninguno de estos datos, es absolutamente inmutable; todos ellos se modifican, sea por el juego de los factores naturales, sea por la voluntad de los hombres. Pero, en ambas hipótesis, se trata comúnmente de modificaciones de débil amplitud o de fenómenos de evolución bastante lenta para que se llegue sin pena a

circunscribir la incidencia: así la sequía natural o artificial de una región, la sedimentación o el derrumbe de un curso de agua, la deforestación o la reforestación de una montaña. La perforación de un túnel o la excavación de un canal, sobre todo cuando tiene la importancia de los de Suez o de Panamá, pueden conducir a repercusiones más rápidas y profundas, hasta el punto que las condiciones generales de la evolución histórica se vean inmediatamente afectadas en su esencia. Por lo tanto, ¿cómo negar al historiador el derecho a razonar en una multitud de casos, por simple transposición a los acontecimientos del pasado de hechos de su propia experiencia?

68

Instintivamente, y realmente sin muchas posibilidades de error, se ve obligado a restablecer entre ciertos hechos, de los cuales sólo conoce por los textos el orden de sucesión, los vínculos de causalidad que surgen a primera vista del examen mismo de las condiciones en las que se han producido. Suponer, por ejemplo una correlación entre la separación geográfica de una región y su aislamiento económico o moral, entre la esterilidad cuyo suelo es golpeado y la hambruna de la cual puede ser víctima, entre su clima y el género de vida llevado por sus habitantes, entre el aplastamiento de un pueblo por otro y la sed de venganza que lo anima enseguida ¿es dar muestras de una gran temeridad?

En casos como estos, el razonamiento puede ejercerse con seguridad, con la única condición de que no se olvide lo cambiantes que son las circunstancias en las que se producen hechos análogos, ni cuánto hay que tener en cuenta al mismo tiempo, en el estudio que se está llevando a cabo, la incidencia de los factores secundarios, todos ellos esencialmente variables

*
* *

Esto significa que, si la historia es una ciencia rigurosa, ella no excluye más que ninguna otra el espíritu de agudeza. No hay y no debería haber determinismo histórico, si se entiende por esto, como se ha sin embargo sostenido, una clase de lógica inflexible a la cual no podría escapar la evolución de los individuos y de los pueblos. La seducción ejercida en nosotros por los libros vigorosos y muy bien contruidos de un Taine, llevando la explicación de todas las cosas a la acción decisiva de tres factores: la raza, el medio y el momento, o en Alemania, por los de un Ritter o de un Ratzel, brillantes apóstoles del determinismo geográfico, no debe hacernos olvidar que la historia no se puede poner en ecuaciones.

69

En vano se han hecho todos los intentos para dar a los acontecimientos del pasado un tipo de explicación uniforme, invocando, por ejemplo, incluso para explicar las transformaciones más heterogéneas, a primera vista, a las exigencias de la vida material (la Reforma religiosa del siglo XVI, entre otras), las leyes de un universal e imperioso materialismo que se cubre con la autoridad de Karl Marx. Esta historia "marxista", como se la ha llamado, ha podido colocar en evidencia de manera útil el rol, a menudo considerable, de los factores de orden económico en la historia de las revoluciones que socavan a las sociedades hasta en sus fundamentos espirituales; no ha podido -y con razón- descubrir en ella esta quimera de una explicación única, válida en todas la coyunturas.

La vida no se deja llevar por fórmulas tan simples. Ella está hecha de una infinidad de elementos de todo orden equilibrándose

de una manera continuamente variable y obligando, en seguida al historiador a huir de la rigidez de los sistemas para seguir en sus desvíos el movimiento infinitamente flexible de la realidad cotidiana, tal como los documentos y su propia experiencia no cesan de revelarle.

VI

LA EXPOSICIÓN DE LOS HECHOS

71

La multiplicidad de elementos que hay que tener en cuenta cada vez que se aborda cualquier cuestión histórica hace que la exposición sea especialmente difícil. Por lo tanto, no nos sorprenderá que sobre este punto también, se hayan dirigido numerosas críticas a los historiadores, acusados nuevamente de un defecto de método redhibitorio.

Todo parece, una vez más, arbitrario y convencional en sus procedimientos de exposición, ya se trate de la elección de los acontecimientos y de los personajes, de la clasificación y distribución de los hechos, del modo de presentación adoptado. Si se le reconoce talento a algunos de ellos, se sugiere intencionalmente que se trata de un talento puramente literario, que consiste ante todo en el arte de disponer las cosas con una cierta habilidad,

en vista del efecto a alcanzar, -lo que es una amable manera de asimilar la historia a la novela.

Nos abstendremos de reabrir a este propósito el debate absurdo: ¿la historia es una ciencia o un arte? Sin embargo, tampoco hay que imaginar que, en nuestro pensamiento, el historiador en posesión de su oficio deba reconocer su desdén por la composición y el estilo, así como demasiadas malas lenguas están dispuestas a insinuarlo. El talento de exposición es un don tan deseable en él como en cualquier sabio; tal vez incluso en él es más necesario todavía que para muchos otros. Pero el objeto propio de la historia siendo la restitución y explicación del pasado, el problema por resolver no es un problema de orden literario, sino un problema de método, y es el único, desde luego, que nos retendrá aquí.

72

I

En primer lugar, es seguro que cualquier relato histórico presupone una elección: ya que al querer enunciar todo lo que los documentos nos revelan, sólo se crearía confusión y desalentaría al lector más paciente. Por lo tanto, hay que retener sólo algunos hechos y rechazar muchos otros.

Ahora bien, ¿a cuáles signos reconocer los que conviene retener? ¿No es únicamente la curiosidad personal o el capricho del historiador lo que decide?

Si su temperamento y forma de pensar pesan en la balanza, uno no puede sorprenderse ni escandalizarse. Tampoco si razones de oportunidad lo llevan sea a reducir, sea a ampliar su relato según el público al cual se dirige o el objeto que se propone. ¿Existe un sabio en el mundo que no sea tributario de semejantes contingen-

cias? Lo esencial es que los hechos retenidos por el historiador sólo lo sean finalmente en conclusión de un examen objetivo. Y eso es lo que sucede en la práctica.

Ya que los hechos tienen por sí mismo una importancia variable, que se puede determinar, y que se reconoce por la amplitud de sus consecuencias. Este hecho ha sido muy importante, ese otro insignificante. Entre la muerte de un Robespierre y la de uno de sus oscuros compatriotas de Arras, no hay medida común. Una clasificación de los hechos según sus resultados respectivos permite pues colocarlos en su verdadera escala y dicta al historiador su elección.

Es evidente que el orden de magnitud de estos hechos es, en un sentido, función de la naturaleza del sujeto abordado. Un acontecimiento de gran alcance político -por ejemplo un golpe de Estado- puede sólo haber ejercido una influencia muy débil sobre el plan económico. Inversamente, un descubrimiento, la invención de una máquina, una quiebra financiera son a menudo hechos considerables del punto de vista de la historia económica, aunque sin alcance político. Pero esto no cambia en nada a su importancia objetiva .

En fin, hay hechos en apariencia insignificantes que sin embargo se encomiendan a la elección del historiador en razón de lo que se podría llamar su valor de síntomas: pequeños incidentes, estos episodios que calificamos de “sucesos”, de rasgos de moralidad, de detalles a veces ínfimos y cuyas consecuencias aparecen insignificantes. Si el historiador los retiene, es porque ellos le parecen significativos. Son para él lo que son para el biólogo estas reacciones secundarias del organismo, cuyas consecuencias pasan

también por insignificantes, pero donde se reconoce el índice de un proceso fisiológico digno de atención.

Para saber discernir e interpretar correctamente estos hechos sintomáticos, como para medir con exactitud las repercusiones de los hechos cuya importancia está en función de sus resultados, es necesario sin dudas cualidades de juicio y una experiencia de las cosas que obligan a contar con el valor personal del historiador, pero que no tienen nada que ver con la fantasía ni con los caprichos de su curiosidad.

*

74

* *

Entre todos los personajes que han participado en los acontecimientos, el historiador hace igualmente una elección, pero igualmente también, una elección de la cual se puede decir que está fundada enteramente en la realidad objetiva, tal como ella se nos muestra en los documentos.

Lo que estos documentos nos dejan percibir de su acción y de las consecuencias que ella ha impulsado nos da, como para los hechos, la medida del rol que es legítimo atribuir a cada uno de ellos y nos indica, a continuación, el lugar que conviene darle en el relato. Ella sólo puede ser proporcional a la importancia relativa que las diversas categorías de testimonios le reservan.

Sin embargo, como en la elección de los hechos sucede que personajes episódicos, simples comparsas, se imponen a nuestra atención, ya no a causa de la importancia real del rol que han jugado, sino porque son reveladores de un estado social o moral,

de un tipo de civilización y de una clase de hombres que parece oportuno definir. Por estar sujetos a más variaciones, tales opciones están dictadas, esta vez nuevamente, sólo por los documentos.

¿Quién se atrevería a afirmar, sin embargo, que las perspectivas del historiador están siempre exactamente modeladas en lo real? ¿Que no son omitidos personajes que ejercieron sobre sus contemporáneos una influencia de la cual la historia no dice nada? ¿Que a otros no se ven atribuir un papel superior al que realmente tuvieron? ¿Que el de la multitud anónima no se reduce con demasiada frecuencia al exceso? La historia está, desafortunadamente, como todas las otras ciencias, condicionada por nuestros medios de aproximación. Allí donde los documentos son mudos, ella se calla; allí donde ellos simplifican, ella simplifica: allá donde son un eco deformado, ella deforma. En ningún caso, -y es, parece, lo esencial- ella improvisa.

75

Nos queda siempre, a fin de cuentas, el recurso de buscar en nuestra propia experiencia las correcciones indispensables para las insuficiencias de nuestra documentación. Pero esto es a condición expresa de que sólo las presentemos en forma de hipótesis provisionarias, a las cuales los documentos vendrán tal vez un día a aportar una confirmación que las hará pasar en el dominio de las verdades científicas.

II

Hechos y personajes una vez elegidos, hay que ordenarlos en una exposición metódica. Es así que, no podría negarse que la historia siendo por esencia continuidad y complejidad, todo corte practicado en la trama de los acontecimientos tiene algo de

artificial. Lo ideal sería sin duda llegar a abarcar el conjunto del pasado en toda su unidad. Pero sólo hay que considerarlo bajo aspectos sucesivos, y no se ve por qué esta necesidad didáctica sería más funesta para la historia que para las otras ciencias, a las cuales ella se impone con el mismo grado.

76 Observemos por lo demás que practicando en la serie continua de los hechos de los cortes cronológicos, los historiadores sólo hacen, después de todo, seguir el movimiento mismo de la historia. ¿Ésta no nos ofrece el espectáculo constantemente renovado del rol jugado en el desarrollo de los hechos por los personajes -jefes de Estado o ministros, generales o administradores, hombres de acción o de pensamiento,- cuya muerte o desgracia, lejos de constituir accidentes insignificantes, vienen realmente a interrumpir el curso de las cosas? ¿No nos enseña que hay novedades, descubrimientos que marcan, sin el menor equívoco, el comienzo de transformaciones profundas en las condiciones de existencia de los pueblos o de las sociedades? Es pues la vida que, no solamente nos sugiere, sino que nos impone un método de exposición por etapas sucesivas.

Sin duda, hay que observar paralelamente que no hay mutaciones bruscas, ni siquiera en la historia. La acción de un hombre le sobrevive siempre en alguna medida, en muchos aspectos, es sólo la imagen de su tiempo y de su entorno; los descubrimientos y las “novedades” no surgen de la nada, y su efecto nunca es inmediato; en fin no hay un “corte”, en historia, que se aplique a todos los órdenes de hechos. La muerte de Luis XIV o la caída de Napoleón marcan muy bien el término natural de un estudio de historia política; no ocurre lo mismo si el estudio se refiere, por

ejemplo, a tal o cual aspecto particular de la evolución económica o de la evolución social.

Esto significa que las distinciones cronológicas no tienen valor absoluto; que el pasaje de un “periodo” a otro se opera siempre por grados y transiciones insensibles; pero no hay abuso al considerar los hechos por series cronológicas sucesivas, siempre que estén convenientemente establecidos.

*
* *

Se ha discutido mucho estos últimos años, especialmente en Alemania, sobre esta repartición de los hechos en periodos -lo que los teóricos del otro lado del Rin llaman *Periodisierung*-, como si la operación pusiera en juego principios netamente definidos una vez por todas. La discusión nos parece vana, por las mismas razones que acabamos de enunciar.

El corte en períodos es necesariamente función de la naturaleza de los hechos estudiados, y es el porqué los historiadores se encuentran tan a menudo sobre este punto en aparente desacuerdo. Si se trata por ejemplo de delimitar esta larga serie de siglos que llamamos hoy en día la edad media, algunos quieren hacerla comenzar con la conversión de Constantino, otros hacia el fin del siglo IV, otros al comienzo del V, otros a la caída de Rómulo Augústulo (476), otros a la muerte de Justiniano (565), algunos solamente al advenimiento de los Carolingios, y el término de la edad es trasladada sucesivamente a la muerte de Federico II de Hoenstaufen (a mediados del siglo XIII), a la caída de Constanti-

nopla en 1453, al comienzo de las guerras de Italia, a veces incluso en pleno siglo XVI; y cada uno da sólidas razones en favor del “corte” de su elección.

Pero es que, efectivamente, para cada solución propuesta, los hechos elegidos son de naturaleza diferente; que cada historiador se deje guiar en su elección por la preocupación perfectamente legítima de esclarecer y de presentar inmediatamente inteligibles los hechos en un cierto orden: los de orden religioso, o de orden económico, o de orden político, o de orden etnográfico, y así sucesivamente. ¿Qué importa, si el corte elegido conviene al objetivo perseguido y si, desde el punto de vista adoptado corresponde bien a lo real, siendo este mismo diverso y cambiante?

78

Es verdad que, en la práctica los historiadores se dejan a veces conducir un poco más de la cuenta por sus tendencias personales y su temperamento. Cuando Michelet divide el reino de Luis XIV en dos periodos, antes y después de la fístula, es lo imaginativo más que el hombre de ciencia que habla; y uno encontrará en sus predecesores o sus emuladores muchos otros ejemplos de divisiones cronológicas casi tan desconcertantes. Pero habría que ser de muy mala fe para sacar argumento de ello.

Necesario, como medio para comprender el matiz y el valor particular de ciertos hechos, el procedimiento que sólo es un medio cómodo de exposición no presenta ningún inconveniente si es empleado con ese discernimiento y ese sentido de las realidades sin las cuales no se es un verdadero historiador. La genialidad de un Michelet disculpa las fantasías que nosotros proscribimos hoy en día. Ya sea que se lamente o que se felicite por ello, el tiempo de la historia romántica ha pasado.

III

Más aún que la repartición en periodos cronológicos, la repartición de los hechos según su naturaleza tiene algo de artificial. Está claro que sólo un esfuerzo de abstracción permite establecer entre la economía, lo político, lo social, etc., estas distinciones cortadas a las cuales los historiadores nos han acostumbrado. Pero es una cuestión de medida; ya que, por complejo que sea, la realidad misma no excluye sin embargo toda distinción entre nuestras diversas formas de actividad. No confundamos el trabajo manual con el trabajo intelectual, ni el oficio de las armas con la práctica del comercio, ni el trabajo del obrero de la fábrica con el del campesino: la experiencia común se encuentra aquí de acuerdo con la del historiador para separar mentalmente cosas que, sin cesar de ser solidarias, son sin embargo muy diferentes.

79

Así entonces parecería legítimo considerar el pasado alternativamente bajo sus diversos aspectos, siempre que se tome modelo en lo real y que la estrecha interdependencia de hechos de todo tipo no cese de aparecer claramente. Lo que suscita ciertamente, serias dificultades de ejecución, pero no plantea ningún problema de fondo.

*

* *

¿Podemos decir lo mismo del hábito que han adquirido los historiadores de cortar el pasado en partes, no solamente cronológicas o lógicas, sino también nacionales, regionales, monográficas o biográficas? ¿No nos exponemos a falsear de manera

más grave las verdaderas perspectivas de la historia o incluso desnaturalizar los hechos, cuando deliberadamente ajeno a la continuidad en el espacio y a la complejidad de los factores en causa se toma partido de encerrarse en el marco de la vida de un pueblo, de una región, de una localidad, de una institución, de un personaje o de su familia?

80 Una historia de Francia o una historia de Alemania sólo existe, si lo pensamos bien, como parte integrante de una historia universal; una historia de Champaña o de Picardía, una historia de Lyon o de Marsella, una historia del monasterio de Saint-Denis o del Parlamento de Paris sólo pueden ser páginas separadas de un conjunto más amplio; y solo basta con abrir cualquier biografía para ver lo difícil que es aislar de la historia general de su tiempo la vida del personaje, importante o no, a quien ella se ha consagrado.

Tentarlo, es resignarse de antemano a cortar por lo sano; es también aceptar un estrechamiento del campo visual, que corre el riesgo de hacer perder el sentido exacto de las proporciones. ¿Quién es el biógrafo, quién es el autor de una monografía histórica sobre su provincia o su ciudad natal, que no ha sido acusado de haber restituido todo a su héroe o a su patria chica? Es en fin, en muchas ocasiones, exponerse a proyectar en el pasado, involuntariamente, concepciones, incluso sentimientos que son de otro tiempo.

Este último obstáculo es casi inevitable cuando se trata de escribir la historia de su propia patria. Esta patria, de la cual tenemos una clara conciencia y a la que nos aferramos con todas las fibras de nuestro ser, la historia nos enseña que sólo se

ha desprendido por etapas, y sólo ha tomado cuerpo en época reciente. Hay hoy en día una Suiza, una Bélgica; pero contar desde la alta antigüedad la historia de uno u otro de estos Estados de creación tardía, ¿no es ceder a la ilusión, científicamente peligrosa, de una Suiza o una Bélgica inscrita por anticipado en el mapa del mundo?

Incluso para los países que nos parecen tan netamente trazados por la naturaleza como nuestra Francia, ¿estamos bien seguros de no cometer, para dar a las palabras todo su rigor, una forma de contrasentido histórico, cuando partimos, para volver a trazar la historia, de su estado actual y de lo que ellas representan hoy en día para nosotros?

81

Seguir el curso mismo de la evolución y dejarse conducir por el desarrollo de los hechos es para el historiador una regla de sabiduría que no viola impunemente. Mejor valdría pues para él partir sin excepción del pasado, renunciar a clasificar los hechos en cuadros que no corresponden siempre a las realidades antiguas; también sería mejor que se abstuviera de fragmentar excesivamente este pasado, cuya explicación se ve dificultada por el hecho de que restringe aún más el campo de sus investigaciones. Pero nuestra necesidad de recurrir a las luces de la historia para comprender el presente tal y como se nos ofrece es demasiado imperiosa, y la necesidad de limitar cada vez nuestro esfuerzo en el tiempo y en el espacio es demasiado apremiante como para que podamos liberarnos por completo de unos hábitos que, al fin y al cabo, no son peligrosos más que para quienes no están suficientemente premunidos contra los errores y deformaciones a los que pueden conducir.

IV

Como toda ciencia, lo que se plantea en realidad es el problema del equilibrio que debe mantenerse entre el espíritu de síntesis y el espíritu de análisis. “Por un día de síntesis, decía Fustel de Coulanges, es necesario años de análisis”, y la fórmula es verdadera. Toda síntesis prematura sólo conduce a sembrar la confusión en los espíritus. Pero todo estudio de detalle realizado sin una visión de conjunto corre el riesgo de dejar en la sombra lo esencial y, por consecuencia, fallar en su objetivo. Síntesis y análisis deben pues caminar juntas, ayudándose y perfeccionándose mutuamente.

82

Es necesario llevar el análisis bastante lejos para reencontrar la complejidad y la diversidad de lo real. Solo se puede comprender verdaderamente lo que fue una sociedad desaparecida si se la ve vivir y que se penetra en su intimidad. La mejor exposición general sobre los “tiempos feudales” o sobre el “siglo de las luces” nunca reemplazará el conocimiento preciso y matizado con las costumbres y el espíritu de la época, que sólo se puede obtener mediante series de estudios parciales, atentos a los detalles que la síntesis debe desatender. Pero, bajo la acumulación de estos detalles, las grandes líneas desaparecen muy a menudo, y es necesario remontar a las cimas para discernirlas con claridad.

Agreguemos que la incertidumbre de los testimonios aumenta a medida que se desciende en el detalle, son siempre en historia, como en la mayor parte de las ciencias, los rasgos generales que discernimos menos mal. También es a menudo posible distinguir con una relativa seguridad los aspectos esenciales y los eventos significativos de un período, mientras que la duda subsiste aún

en las circunstancias accesorias donde estos acontecimientos se han producido y en numerosos aspectos particulares del periodo estudiado.

Todo dogmatismo en estas materias sería pues inconveniente. No hay método de exposición que se imponga de preferencia a otro: hay un espíritu histórico, que, en cada circunstancia, debe dictar al historiador el mejor método a seguir, ayudarlo a evitar los obstáculos, inspirándole en fin los correctivos necesarios al procedimiento de exposición adoptado.

V

Una última dificultad surge para el historiador de la incapacidad demasiado frecuente de nuestro lenguaje actual para traducir adecuadamente cosas y concepciones que han dejado de ser nuestras. Un sinfín de palabras que el pasado ha conocido han cambiado de sentido: nuestras palabras nuevas sólo encajan bien con el presente: muchas de ellas al menos despiertan en la mente del lector un conjunto de ideas que sólo pertenecen a nuestro tiempo.

Se trata de épocas muy diferentes a la que vivimos, el problema no deja de ser a menudo espinoso. Es así para la alta Edad Media, que no tiene, bajo los merovingios o los carolingios, nada conocido comparable a nuestros funcionarios modernos, a nuestros ministerios, y a lo que llamamos un Estado: donde el Tesoro Público de confunde con la caja privada del soberano y el dominio público con sus bienes personales: donde lo civil y lo militar, lo temporal y lo espiritual se encuentran estrechamente mezclados: donde finalmente se vive una vida que no recuerda más que de

lejos la de la época romana y no anuncia aún la nuestra. La vedad histórica sería muy a menudo, en casos parecidos traicionada por la insuficiencia de nuestro vocabulario si los historiadores no se las ingeniaran para remediar en ello redoblando explicaciones y comentarios.

84 Huelga decir que el riesgo de equivocación se agrava aún más si, cediendo a una tendencia hoy demasiado común, se utiliza voluntariamente una terminología anacrónica, con la vana idea de acercar de alguna manera los hechos al lector. Aplicadas a épocas antiguas, expresiones ultramodernas, como aquellas con las que muchos historiadores salpican sus obras –sindicalismo, clericalismo, sectario, *meeting*, *lock-out*, y muchas otras que nuestros ancestros ignoraban- tienen por efecto inevitable de falsear las perspectivas históricas por asimilaciones desafortunadas que son la negación misma de la historia.

Pero el remedio está aquí a nuestro alcance. El verdadero historiador debe saber resistir a tales impulsiones. Obligado a recurrir al lenguaje de su tiempo para expresar cosas pasadas, debe tratar al menos de desterrar de su estilo, en la medida de lo posible, todo lo que se preste a la ambigüedad y buscar con celoso cuidado los términos más apropiados para los objetos y los tiempos de los que habla.

En este punto, como en la mayoría de los cuales nos hemos referido en el curso de este capítulo, todo –repitámoslo incansablemente– es cuestión de sentido común y mesura.

VII

LAS «LECCIONES DE LA HISTORIA»

85

En nuestro siglo utilitario, no basta que una ciencia responda a una necesidad de nuestro espíritu y disponga de un método seguro, para encontrarse justificada a los ojos del público. La pregunta sube pronto a los labios: ¿para qué sirve esto?

Es en sí misma una ciencia, cualquiera que sea, tiene su razón de ser, y no en las aplicaciones que se extraen de ella; pero puede ser interesante preguntarse en efecto si la historia es, como se ha dicho a menudo, una ciencia de lujo o si ella presenta una utilidad práctica, y cuál.

*

* *

En toda ocasión, en las columnas de nuestros diarios como en las tribunas de nuestros Parlamentos, se ha tomado la costumbre de invocar lo que se llama pomposamente las “lecciones de la historia”, entendiendo con esto que la historia es una colección de ejemplos que el hombre moderno debe aprender a sacar partido en la conducción de la vida.

86

Si se quiere advertir de un peligro a un amigo, si se quiere criticar a un adversario, ella siempre proporciona, dicen, precedentes decisivos en el momento adecuado. Sea cual sea la situación en la que uno se encuentra, ella enseña a quién sabe interrogarla lo que se debe hacer, la trampa donde no se debe caer. Es, en particular, la escuela del hombre político, que está seguro de encontrar en ella, llegado el momento, el modelo a seguir, el ejemplo a evitar. Para el hombre de guerra, para el diplomático, proporciona el tema de la maniobra a realizar, de la falta que no se debe cometer. Es para todos un repertorio, en otras palabras inagotable, que nunca se consulta en vano. Tal es al menos, en su ingenuo candor, la doctrina corriente.

Ciertamente no la tomaremos al pie de la letra; pero huelga decir que la historia, como la vida misma de la que es imagen, ofrece un amplio material para la meditación y también para inspirarse en los ejemplos de los que es rica, o al menos para sopesar las consecuencias, solo puede haber beneficio; pero esto con la condición de que retengamos —si es que hay una lección— la lección esencial que nos da: a saber, que un hecho no se repite nunca tal como es.

Entre dos situaciones concomitantes, por muy relacionadas que parezcan, sólo hay analogías, no identidad. Razón de más para desconfiar de las comparaciones que se pueden hacer entre dos situaciones alejadas en el tiempo. Las similitudes, a menudo fortuitas, no impiden que las circunstancias externas y las propias condiciones psicológicas difieran casi siempre con la suficiente profundidad como para hacer ilusoria cualquier asimilación.

Contrariamente a lo que se le hace decir, ¿no sigue enseñando la historia, como observamos al principio de este libro, que hay que caminar con los tiempos, y no buscar en el pasado los principios de acción, ya que nos muestra a la humanidad siempre en movimiento, en busca de incesantes novedades?

87

A lo sumo la historia puede, desde este punto de vista, ayudar a frenar las impacencias de los que estarían tentados a saltarse las etapas, recordándoles las fuertes reacciones que siguen siempre de generación en generación, las revoluciones demasiado rápidas. ¿Pero son estas las “lecciones de la historia” o las lecciones de la vida?

Bajo reserva de estas observaciones, la historia es en efecto una maravillosa escuela para cualquiera que participe en la acción. Si ella no es un repertorio de ejemplos listos para ser transportados en el presente, ella es como la experiencia secular de la humanidad, una experiencia que sería presuntuoso no tener en cuenta. Los hechos que ella retiene no se repiten bajo su forma primera al igual que no se repiten los que ha vivido tal cual hombre experimentado al cual se va a solicitar las opiniones; pero los unos y los otros aportan a quienquiera que haya entrado al fondo de las observaciones que sustentan su razón y forman la base sólida de su espíritu.

*

* *

88

En todo caso, la historia no es y no puede ser, sin faltar a sus obligaciones esenciales, la escuela de moral y de civismo que desde la antigüedad demasiados historiadores quieren hacer de ella. No deberíamos tener que recordarlo si no estuviera todavía hoy en día constantemente tironeada en todas direcciones por educadores o escritores, que en palabras o en los libros, la movilizan al servicio de causas, de las cuales algunas son sanas y nobles, pero que ninguna es conciliable con la imparcialidad y la serenidad de una disciplina científica.

Basta ver a cuales excesos, a cual caricatura de la verdad puede llevar esta manera de comprender la historia, por ser instruida repentinamente. Que de los mismos hechos, un manual de enseñanza a la usanza de un joven alemán y uno a la usanza de un joven francés, pueden dar versiones contradictorias, pero halagadoras cada una para el amor propio nacional de los que está destinada, o que tal Historia de Francia refleje, según la expresión consagrada de tendencias de “izquierda” y tal otra de tendencias de “derecha”, es suficiente para hacer estallar el error fundamental de una concepción que conducirá a transformar la historia en instrumento de propaganda y a menudo en máquina de guerra. Nuestro ideal de vida, nuestro orgullo nacional no ganan nada con tales procedimientos, y la historia tiene todo que perder.

No se forman los espíritus en la escuela de la mentira, y un pueblo que sería reducido a desnaturalizar su pasado para apoyar el civismo de los suyos estaría muy cerca de la ruina. Sería pues

tiempo de renunciar en fin a colocar la historia al servicio de una causa cualquiera. Si, sobre el plan moral, ella tiene lecciones para darnos, estas son lecciones de sinceridad y de rectitud.

*

* *

Pero la lección principal de ella, que es necesario esperar, es la que se desprende necesariamente del desarrollo de los hechos de los cuales tiene por tarea volver a trazar su continuación: la de una renovación incesante que, volvamos a decirlo, desarrolla en nosotros lo que se podría llamar el sentido de la evolución y nos previene por esto mismo contra alguno de los errores de juicio los menos compatibles con una sana apreciación de las cosas. Es por la historia, y por la historia misma, que ellas nos aparecen restablecidas en su plan verdadero, no como surgidas de la nada, sino como salidas de una lenta incubación, y como simples etapas en un camino del que nunca se llega al término.

89

Sin duda, no hay mejor escuela de comprensión y de justeza de espíritu. Otras disciplinas enseñan a razonar correctamente sobre datos abstractos; la historia nos obliga a razonar a partir de un movimiento real, matizado y complejo, como todo lo que es humano.

Bien enseñada, debería ser un estímulo precioso, incluso para las jóvenes inteligencias. Para los espíritus ya maduros, es de un beneficio sin igual.

APÉNDICES

I
LAS ETAPAS DE LA CIENCIA HISTÓRICA

93

El objeto y los métodos de la historia han tardado siglos en desprenderse, y tendríamos interés en discernir correctamente las etapas del camino recorrido. Ya que, para quién quiere apreciar el alcance de una ciencia, nada es más instructivo que seguir sus primeros desarrollos, de verla tomar cuerpo y definirse ella misma poco a poco, a costa de largos ensayos y titubeos.

*

* *

Los libros consagrados hasta ahora a este vasto tema están desdichadamente lejos de responder a nuestra espera, y los

únicos que valen ser citados sólo se refieren a periodos e incluso a menudo a compartimentos restringidos de la ciencia histórica.

94

La mejor, con toda seguridad es la *Historia de la historiografía moderna* del historiador suizo Eduard Fueter¹, editada por primera vez en lengua alemana² y de la cual existe en esta misma lengua una segunda edición, provista de algunos complementos bibliográficos³. Los historiadores más renombrados desde el humanismo hasta fines del siglo XIX, son estudiados alternativamente y caracterizados con justeza, pero exclusivamente en función de sus tendencias generales y del género histórico que representan. La exposición sólo engloba pues los corifeos y además sólo retiene de sus obras las que se dirigen a un público en general. De todo lo que, en el dominio de la producción histórica, atrae menos las miradas, pero se encuentra ser a veces lo más característico de la evolución de la ciencia, o de la inmensa labor de los eruditos, hay poco o nada que discutir. También nos engañaríamos si, a pesar de la calidad de la obra, buscásemos allí otra cosa que lo que el título anuncia honestamente: historia de la historiografía, es decir de la manera de escribir la historia, y no una historia de la ciencia histórica.

Un libro un poco posterior, el del historiador inglés G.-P Gooch, *Historia e historiadores del siglo XIX*⁴, presenta un cuadro interesante de la investigación histórica en el curso del siglo

1.- Traducida por E. Jeanmaire, Paris, 1914, in-8°.

2.- Munich y Berlin, 1911, in-8°.

3.- Ibid., 1936, in-8°.

4.- *History and historians in the nineteenth century* (Londres, 1913, in-8°).

pasado. A la diferencia de Fueter, el autor no teme en insistir sobre los esfuerzos realizados en el dominio de la erudición; se muestra atento a la ampliación constante de la documentación y consagra, por ejemplo, todo un capítulo a la publicación de la gran recopilación de las *Monumenta Germaniae historica* sin darse cuenta, sin embargo, de que las páginas en las que se ocupa deben corresponder a equivalentes para otras regiones distintas de Alemania. Además, él domina mal su materia, que reparte país por país, marca insuficientemente las repercusiones generales de los grandes descubrimientos arqueológicos, epigráficos o papirologógicos, para volver a caer, a fin de cuentas, en una serie de monografías individuales.

95

En un pequeño libro publicado en 1914 bajo el título *La historia en Francia desde hace cien años*⁵, nosotros mismos hemos tratado de trazar un bosquejo de los cambios intervenidos en los puntos de vista y los métodos de los historiadores desde el comienzo del siglo XIX. Sin embargo, sólo se trata de Francia, y nuestra visión general, voluntariamente restringida a lo esencial, hoy exigiría retoques bastante profundos y complementos importantes.

En fin algunos años más tarde, el historiador y filósofo italiano bien conocido, Benedetto Croce, hizo aparecer una muy sugestiva *Historia de la historiografía italiana del siglo XIX*⁶, donde se ha aplicado igualmente, pero más en detalle, a seguir

5.- Paris, 1914 in-16.

6.- *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono* (Bari, 1921, 2 vol. in-8°). En 1915 el Sr. Croce había publicado un ensayo, que habríamos deseado menos rápido, sobre la historiografía de los orígenes a nuestros días en su volumen *Teoría e historia de la historiografía* (Bari, 1915, in-8°).

la historia de las concepciones históricas en Italia desde 1820 hasta alrededor de 1900.

Pero ninguno de estos volúmenes puede reemplazar el libro general que todavía nos falta. Las páginas que siguen no tienen la pretensión de suplirlo. Para ello se necesitarían una amplia investigación y extensas reflexiones. Sin embargo, puede ser útil dar aquí una visión muy rápida del tema.

*

* *

96

En el punto de partida —un punto de partida cuya fecha varía según los países y los pueblos— la historia no es más que una ingenua mirada a un pasado del que sólo se desprenden algunos detalles, a menudo poco significativos y mezclados con muchas leyendas. Los hechos remontan desordenadamente a la superficie, sin ninguna preocupación por su valor relativo, y la ambición del historiador se limita a componer con ellos una serie continua en forma de relato analítico. Los libros de historia más antiguos de que disponemos no son, pues, en los casos más favorables, que un revoltijo de hechos dispares retenidos y reunidos sin criterio y servidos, por así decirlo, en estado bruto, según una cronología aproximada. Todos los pueblos o casi todos han pasado a su vez por esta fase del relato analítico elemental, que es como el primer balbuceo de la historia.

A continuación viene la reflexión, que busca clasificar los hechos y ordenarlos en relación con los demás. Pero a menudo el progreso sólo es aparente, la mayor parte de los narradores

se dejan guiar, en esta segunda etapa del saber histórico, por preocupaciones de orden literario o moral, político, filosófico o religioso más que científico. Se proponen mucho menos lograr la verdad por sí misma que de sacar partido del pasado que evocan con vistas a un determinado efecto que debe producir. Sus relatos son bonitos cuentos, dispuestos con más o menos amenidad, o apologías u obras de propaganda, cuya inspiración es extranjera a la ciencia.

Los hechos están sin duda relacionados entre sí, pero el arte sustituye peligrosamente el silencio de la tradición o tiende a distorsionarlo en beneficio del efecto deseado, de modo que en más de un caso la historia pierde más de lo que gana con el cambio intervenido.

Sin embargo, este es el camino que ha emprendido durante siglos. Aquel a quien Cicerón llamó "el Padre de la historia", Heródoto, ha tal vez, a pesar suyo, hecho más por su talento para alejarlo de su verdadero objetivo que esos "logógrafos" sus predecesores, a los que se le opone habitualmente para hacer valer sus méritos. Para él y para sus émulos, en tiempos y lugares diversos, la historia ha llegado a ser un género literario, en lugar de afirmarse de golpe obra de ciencia, y todavía no hemos salido completamente de este impase, ya que al lado de los historiadores de profesión —que nada, por supuesto, condena a hacer caso omiso del talento—, continúa a proliferar la abundante cohorte de literatos, cuya imaginación, por no poder alcanzar un nivel más alto, se esfuerza por arreglar la historia a su manera.

*

* *

Es que en efecto, lejos de ser rectilíneo y continuo, el progreso en esta materia, ha sido cortado por frecuentes retrocesos que tuvieron por resultado retardar considerablemente la evolución comenzada desde la antigüedad griega. Seguimos meditativos cuando se constata que después de un Tucídides y un Polibio, ya tan plenamente conscientes de los deberes del historiador, la historia ha vuelto a caer en el atolladero durante siglos, en Roma primero, después en los medios que han recibido la influencia romana.

98

No nos dejemos llevar por la famosa máxima de Cicerón: "La primera ley de la historia es atrevernos a no decir nada falso y no esconder nada de verdadero" (*primam esse historiae legem ne quid falsi dicere audeat, deinde ne quid vere non audeat*). Bella fórmula, ciertamente, pero que hubiera ganado a no estar insertada en un tratado de arte oratorio y a no estar rodeada de consejos cuyo objeto es hacer de los historiadores los discípulos de los retóricos. En lugar de avanzar deliberadamente en la dirección indicada por Tucídides, la historia desde entonces se colocó cada vez más al servicio, sea de la literatura y de la retórica, sea de la moral, sea pronto, con los hombres de Iglesia, de la apologética cristiana.

La belleza y la grandeza de un libro como la *Ciudad de Dios*, la fuerte elocuencia de un Paulo Orosio se imponen a nuestra admiración; pero con San Agustín, como con Orosio, la historia, animada por la fe, cesa de ser una ciencia que encuentra

su finalidad en ella misma, para llegar a ser el elemento central de un alegato, de una argumentación imperiosa, destinada a convencer a los escépticos y llevarlos a Dios.

Cómo sorprenderse si, después de tales éxitos, los clérigos de la Edad Media, casi solos durante mucho tiempo en la configuración de la "élite intelectual", han dado a sus relatos históricos, en cierta medida, cuando han superado el estadio de las simples anotaciones cronológicas, el mismo sesgo apologético que encontraremos todavía en pleno siglo XVII bajo la pluma de un Bossuet.

*

* *

99

Sin embargo, no debemos creer que la historia se haya desviado durante siglos por completo del camino correcto. Ha sido demasiado oratoria, o demasiado llena de gracias literarias, o demasiado dedicada a causas que no siempre fueron tan elevadas como la de la fe; pero de la antigüedad al Renacimiento, nombres como los de un Salustio, un Tácito, un Comynnes, un Maquiavelo, para sólo retener a los más grandes, bastaría para probar que todo no ha sido estéril en el esfuerzo desplegado por los historiadores durante el curso de este largo entreacto donde el saber desinteresado parecería generalmente olvidado.

Para alcanzar sus objetivos, los que parecían menos preocupados por este último objeto tuvieron que aplicarse casi por completo a la investigación de las causas, al estudio de los personajes, al análisis de sus actos y de los motivos que

los ordenaban, al análisis de los diversos factores materiales o espirituales cuyo entretrejo forma la trama de la historia, siempre que se propusieran ir más allá del exterior de los hechos.

Tampoco debemos creer que a la llamada “oscuridad de la Edad Media” le siguió de repente la deslumbrante luz de la crítica histórica con el Renacimiento y la Reforma. La obra, en este sentido tan alabada, de los “Centuriateurs de Magdebourg”⁷ y sus émulos

100 del lado de allá de la Mancha Foxe (1516-1572) y Knox (+ 1572) procede de un pensamiento mucho menos sereno que el de los teólogos que los han precedido: para ellos, la historia no es más que un arsenal de hechos a partir de los cuales su violenta hostilidad al catolicismo romano puede, según ellos, arruinar las tesis de sus adversarios y magnificar el rol de sus propios mártires, los de la fe protestante; su aguda crítica, incluso cuando es acertada, está viciada en principio por su pasión de reformadores ardientes cuyo asedio ya está hecho; y el espíritu que animan sus libros apenas difiere, por lo demás, del de los hombres a quienes atacan. Bajo su pluma, la historia vuelve a hundirse una vez más en la apologética, con el agravante de que ahora es un arma de combate.

*

* *

Pero si, por sus mismos excesos, el método de los Centuriateurs estaba destinado a la ineficacia, planteaba de una manera que ya

7.- Luteranos que compusieron una historia eclesiástica dividida en centenas de años o centurias.

no podía ser eludida el problema de la crítica y del filtrado de las fuentes históricas, si bien que ella provocó a la larga, por reacción a la vez contra la escuela de los historiadores humanistas del Renacimiento, discípulos retrasados de Cicerón, y contra la de los apologistas protestantes, la formación de una tercera escuela, preocupada exclusivamente por los hechos precisos, ordenados con rigor, después de lentas y metódicas encuestas a través de los documentos.

La obra admirable de los benedictinos de Saint-Maur, y del más ilustre de entre ellos, Dom Jean Mabillon (1632-1707), marca incontestablemente un punto de inflexión decisivo de la ciencia histórica: con ellos y con los otros eruditos de los siglos XVII y XVIII que se inspiran de la misma prudencia y se abstienen como ellos de apartarse de los textos, la historia se reencuentra y vuelve a ser ciencia. Ella no teme las discusiones críticas ; incluso se complace en ellas, no solamente con Mabillon, sino con los que, en otros medios, lo toman pronto como modelo o trabajan paralelamente en el mismo sentido, tal Leibniz cuando se aplica al oficio de historiador o el erudito italiano Muratori (1672-1750), o aún en el seno de la Compañía de Jesús, los sabios Bolandistas, en sus comentarios y sus prefacios a las obras hagiográficas que comienzan entonces a recopilar para la imponente serie de las *Acta sanctorum*. Tal es así que la mayoría se encierra en esta obra crítica o bien, cuando se hacen historiadores, sólo se arriesgan por excepción, y ¡con qué prudencia! fuera de un relato puramente cronológico, donde los hechos sólo parecen existir por sí mismos.

Se recae así, después de varias vueltas, y no, es verdad, sin serios progresos, en la concepción completamente analítica de

una historia rudimentaria; y no es efecto del azar si las obras maestras de la época son precisamente intituladas “anales”, como en los tiempos de los primeros historiadores: *Annales de l'ordre de Saint-Benoît* de Mabillon, *Annales impériales de Brunswick* de Leibniz, *Annales d'Italie* de Muratori, etc.

102 Escritas lo más a menudo en latín por eruditos que se dirigen exclusivamente a un público de letrados o de clérigos, las obras de este género sólo podían de toda evidencia renovar la historia en un tiempo largo; pero su acción debía ser profunda. Un libro como la *Histoire critique de l'établissement de la monarchie française dans les Gaules* del abad Du Bos (1735) basta para probar que los métodos nuevos tendían desde la primera mitad del siglo XVIII a salir del círculo estrecho de los puros eruditos.

Es cierto que, en su *Espíritu de las leyes* (1748), Montesquieu aplastó con su desdén los “tres volúmenes mortales” de Du Bos, cuyas conclusiones rechaza indiscriminadamente, y que después de esta condena, muy pocos historiadores han osado referirse a ellos. Pero el mismo Montesquieu, aunque la historia no interviene en él sino en apoyo de sus teorías jurídicas y filosóficas, no puede dejar de hacer, a su vez, una obra crítica a lo largo de su libro: homenaje indirecto, que no es más que decisivo (incluso cuando peca por falta de seguridad), rendido a los métodos de los eruditos de los cuales pretende burlarse.

*
* *

Sin embargo, no fue bajo el liderazgo de Montesquieu, sino bajo el de Voltaire, que la historia regenerada encontró finalmente una amplia audiencia pública a mediados del siglo XVIII.

No es que Voltaire sea en absoluto un discípulo o seguidor de los benedictinos o de los demás representantes de la escuela erudita. Pero es el historiador nacido de una necesidad irresistible de entenderlo todo, explicarlo todo, y sólo cabe lamentar que esté desactualizado por violentos prejuicios, susceptibles de falsear con demasiada frecuencia la rectitud de su juicio. Cuando sus prejuicios, y sobre todo sus prejuicios antirreligiosos, no están en causa, su inteligencia juega con un asombroso dominio de los obstáculos con los que se toparon sus predecesores: en el *Siglo de Luis XIV* (1751), como en el *Ensayo sobre las costumbres* (1756), los hechos se ven desde arriba, en relación con los demás, con una mirada segura, una independencia de espíritu y un sentido crítico que dan al lector asombrado la ilusión que después de siglos de espera, la historia viene de golpe a develarse a él.

Sin embargo, el juego aún no se ha ganado. No lo es ni con Voltaire mismo, ni con los historiadores que, en Francia o en el extranjero, lo toman, de forma más o menos acertada, como modelo: un William Robertson, el autor de la *Historia de Carlos Quinto* (1769), o un Edward Gibbon, el autor tan alabado –tal vez en exceso- de una amplia *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano hasta 1453* (1776-1788), traducida del inglés a una multitud de lenguas, entre las que se cuenta el francés, y aún reeditada hoy

en día en su país de origen. Demasiadas prevenciones continúan perturbando el juicio de todos estos historiadores “racionalistas”; y demasiado pocos son los que se han dado la pena de instruirse suficientemente de los resultados a los cuales han llegado, en el dominio de la erudición y la crítica, los pacientes “benedictinos”, religiosos o laicos, cuyos trabajos están fundando sobre nuevas bases nuestro conocimiento de los hechos históricos.

104

Actitud que tendrá graves consecuencias y que se perpetuará aún durante mucho tiempo: los eruditos del siglo XVIII trabajan en su rincón, lentamente, pacientemente, sin elevarse siempre hasta una justa comprensión de los verdaderos problemas históricos, mientras que historiadores de espíritu lúcido a veces, pero demasiado prontos a concluir sin informaciones suficientes y al azar de un método improvisado, hacen obra más literaria que científica y retardan por sus éxitos mismos la eclosión de la verdadera historia.

*

* *

Luego vinieron la Revolución y las Guerras Napoleónicas: durante las cuales se trataba menos de escribir la historia que de hacerla.

Y sin embargo, entre el trastorno de tantas cosas, hay uno que se revela eminentemente favorable a la ciencia histórica: una multitud de pergaminos y de papeles guardados celosamente hasta entonces, sea como fundamentos jurídicos de derechos o de pretensiones ya caducos, sea como necesarios para el funcio-

namiento de instituciones que acaban de ser barridas en el curso de la tormenta, se encuentran haber perdido de un día para otro todo interés, salvo por los curiosos de cosas muertas. Los depósitos donde se amontonan pueden pues sin riesgo ser ampliamente abiertos a todos, al mismo tiempo que las bibliotecas de manuscritos, menos dispersos y mejor adaptados a las necesidades de los investigadores, llegan a ser ellas mismas más asequibles: ocasión tentadora ofrecida a los historiadores de retomar en condiciones favorables investigaciones que las circunstancias los han desviado durante muchos años.

Así que en todas partes volvieron a trabajar con un celo sin igual. En el entusiasmo de tantos tesoros de repente develados, se emprenden y publican vastas colecciones de documentación, tanto en Francia como en el extranjero, especialmente en Alemania, Inglaterra, Bélgica, Italia y España: *Monumenta Germaniae historica* (1826), *Société de histoire de France* (1835), *Documents inédits relatif à l'histoire de France* (1835), colección de *Chroniques belges inédites* (1836), *Historiae patriae monumenta* de Torino (1836), *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (1842), *Calendars of State papers* (1856), *Rerum britannicarum medii aevi scriptores* (1858), etc.

Poco a poco, la investigación documental se ve ampliada y duplicada por una investigación crítica, que a su vez se beneficia de los progresos paralelos realizados en Alemania, después en Francia, en Inglaterra y en otras partes en el dominio de los estudios filológicos y arqueológicos.

Entre la erudición y la historia propiamente dicha la brecha tiende a acortarse. Un Guizot, un Ranke, han manejado los documentos y, con más o menos de competencia y de dicha, han hecho

de ellos la crítica; el primero de entre ellos ha sido el iniciador de la gran colección francesa de *Documents inédits* y adjuntó su nombre a una amplia colección de traducciones: la *Collection des mémoires relatifs à l'histoire de France... jusqu'au XIII siècle* (1824-1835); el mismo Michelet, a pesar de su lirismo, fue en un cierto tiempo archivista y se nutrió de erudición. Y si, dejando de lado las obras maestras, nos referimos preferentemente a aquellas, de alcance a menudo modesto, debido a la pluma de historiadores de segundo plan, se constata, de década en década, un constante progreso en la producción de libros serios, sólidos, fundados en una vasta documentación, atentamente seleccionada con un sentido crítico que se afirma por grados.

*

* *

En la segunda mitad del siglo XIX, el movimiento se extiende y después pronto se precipita. Si un momento la historia parece en víspera de hundirse bajo un diluvio de erudición y de discusiones críticas, la amplitud del horizonte, debido a los descubrimientos que van multiplicándose en todos los dominios y a la madurez de los espíritus, lleva insensiblemente a una comprensión más justa de las necesidades y de las posibilidades de la ciencia histórica.

Los libros y artículos publicados a finales del siglo XIX y principios del XX, marcan un progreso considerable en todos los aspectos. En particular, se puede observar que entre la historia propiamente dicha y la erudición se acabó estableciendo un justo equilibrio, o más bien que las dos formas de conocimiento histórico se unieron

y se fecundaron mutuamente. Y tal vez valga la pena señalar que es a partir de la propia erudición, es decir, del contacto directo e íntimo con los documentos, con los problemas que plantean y los detalles que sacan a la luz, como la historia se transforma en última instancia, incluso en sus aspectos más generales.

Porque nada puede sustituir el contacto asiduo con los diversos textos y monumentos en los que se basa nuestro conocimiento del pasado; y si la curiosidad del historiador ha podido fructificar, a lo largo de los últimos cincuenta años, para extenderse de uno a otro a los aspectos de la descuidada vida material o espiritual de nuestros mayores, si ha logrado desentrañar el misterio de la misma, es esencialmente por sugerencia de los propios documentos, pacientemente exhumados de los archivos o revelados por las excavaciones, clasificados siguiendo una cronología rigurosa, interrogados con una ciencia exacta del valor de cada término, de cada forma, de cada detalle, interpretados con una sagacidad advertida, finalmente acercados unos a otros y esclarecidos por los otros, en una comprensión exacta de similitudes y de disparidades.

107

*

* *

No es que los debates instituidos a principios del siglo XX sobre y en torno al método histórico fueran en vano. Si ellos no han logrado y no podían al parecer lograr, como al principio habíamos concebido esperanzas, a sustituir fórmulas nuevas por fórmulas probadas por una larga práctica, al menos incitaron a los historiadores a interrogarse más a fondo sobre el valor de sus medios

de investigación, a plantear mejor ciertos problemas, a sacar un mejor partido de los resultados adquiridos en los dominios vecinos de lo suyo –filología, lingüística, sociología, geografía, economía política, estadística, etc., -a introducir finalmente más rigor en el establecimiento de tales o cuales de sus conclusiones. Una revista como la *Revue de synthèse historique*, encuentros como los del “Centre de synthèse” han además, bajo la impulsión continua de su infatigable fundador Henri Berr, hecho mucho por establecer un estrecho vínculo entre categorías de estudiosos demasiado inclinados a ignorarse mutuamente, en lugar de beneficiarse de sus diversas experiencias y poner a prueba sus métodos en contacto con los demás.

Pero, ¿cuál habría sido el resultado útil de todo esto si los historiadores no hubieran continuado al mismo tiempo su ardua labor y hubieran cavado sus surcos cada vez más profundos? Porque las discusiones más penetrantes de carácter teórico nunca pueden prevalecer contra la experiencia.

Así, la historia no salió transfigurada de este baño metodológico. Sólo en los últimos treinta o cuarenta años ha adquirido una conciencia más clara de sus necesidades y limitaciones.

II

LOS ESTUDIOS DE METODOLOGÍA HISTÓRICA

109

Si las observaciones anteriores son fundadas, se nos disculpará sin duda por no dedicar aquí muchas páginas a los numerosos estudios de los que ha sido objeto la metodología histórica.

Muchos de ellos, es cierto, contienen excelentes observaciones; algunos son incluso fruto de una experiencia directa y prolongada, cuyas conclusiones sería lamentable pasar por alto; pero confesemos que muchas banalidades y perogrulladas los abarrotan, que la lectura es generalmente árida y decepcionante, por último, que se aprende menos sobre el método histórico que remitiéndose directamente a las obras donde se pone en práctica la teoría.

Por lo tanto, sólo incluiremos los más significativos.

*

* *

El objeto de una parte de ellos es, sobre todo, el análisis de los procesos por los que el historiador recoge, critica e implementa los documentos en los que se basa su ciencia. Generalmente escritas por profesores de historia acostumbrados a enseñar la práctica de su profesión, son un eco de su enseñanza y están a la altura de su propio valor como historiadores.

110

El más considerable desde todo punto de vista es el voluminoso *Tratado de método histórico* del historiador alemán Ernst Bernheim¹, que, apareció en 1889 y varias veces revisado y completado desde entonces², siguió siendo hasta una época reciente el libro clásico en Alemania. Lo merecía por su amplitud y precisión. No temiendo entrar en el detalle cada vez que el análisis de un método sólo es inteligible a la luz de ejemplos concretos, Bernheim proporciona a los que tienen la paciencia de seguir paso a paso sus explicaciones un guía juicioso y seguro. El trabajo del historiador se descompone paso a paso, quizás sin que aparezcan suficientemente los problemas de conjunto que plantean las sucesivas operaciones mentales a las que se dedica; pero la exposición es sin duda una de las más avanzadas que se hayan escrito, aunque el recurso a los documentos arqueológicos se pierde un poco de vista.

Sin embargo, el libro de Bernheim es un tratado a la moda germánica, con todo lo que este calificativo implica de elogios y

1.- Lehrbuch der historischen Methode (Leipzig, 1889, in-8°)

2.- La 5ª edición apareció en 1908.

de reservas: gran riqueza de informaciones, clasificación cómoda de las observaciones y de los hechos, pero también presentación pesada, a menudo pedantesca, de donde el espíritu sale abrumado bajo el peso de una ciencia demasiado confinada en el detalle.

Después de esta voluminosa obra, se respira cuando se aborda la *Introducción a los estudios históricos* de Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos³. Este pequeño volumen, claro y ágil, es también, aunque los autores lo nieguen⁴ (no sabemos por qué) un tratado de metodología, donde se encuentran codificadas las reglas que los aprendices de historiador deben aplicar en la práctica de su arte.

Quizás el relato sigue siendo demasiado abstracto, pero es límpido, sin pedantismo, y perfectamente adaptado al público que los autores tienen en vista. Es decir que, al mismo tiempo que proporciona a los novicios materia útil para sus reflexiones, constituye esencialmente el libro del joven historiador en la etapa inicial de su carrera⁵.

Con el mismo espíritu se han publicado otros pequeños tratados tanto en Francia como en el extranjero por profesores preocupados de condensar, bajo una forma fácilmente asimilable, el fruto de su experiencia. A título de ejemplo, se puede citar el capítulo de Gabriel Monod, *Histoire* del primer volumen de la serie *De la méthode dans les sciences*⁶, y más particularmente, el opúsculo de

3.- Paris, 1898, in-16. Este volumen ha sido reimpresso desde entonces sin cambio.

4.- P. XVI.

5.- En otro volumen, sobre *El método histórico aplicado a las ciencias sociales* (Paris, 1901, in-8°), Charles Seignobos se vio obligado a aclarar y matizar su pensamiento sobre el método histórico en general, y hay a menudo mucho que extraer de sus observaciones penetrantes y de un giro muy personal.

6.- *De la méthode dans les sciences*, por H. Bouasse, P. Delbert, E. Durkheim, etc.

Paul Harsin, *Comment on écrit l'histoire*⁷, que se recomienda por su remarcable claridad y la elegante sobriedad de la exposición. Estos pueden compararse con el artículo ya antiguo, más opaco y más didáctico, de Ch. y V. Mortet, *Histoire*, en el tomo XX de la *Grande encyclopédie*⁸.

112 Mucho más extensa y que recuerda en muchos aspectos el gran tratado de Bernheim, la *Introducción al estudio de la historia* del profesor austriaco Wilhelm Bauer⁹ es especialmente valiosa por su rica bibliografía; pero agrega pocas observaciones personales a las de sus predecesores y está escrita con una sequedad que desmerece. Destinada, según el autor (p. v), a despertar la curiosidad de los jóvenes, a quienes se dirige especialmente, es de temer que la canse por la multiplicidad de sus divisiones y subdivisiones y a veces la asfixie con referencias.

*

* *

Al lado de estas obras de carácter sobre todo técnico y que tratan casi exclusivamente de lo que ciertos especialistas llaman la “técnica de la historia”¹⁰, hay quienes, descuidando este

(Paris, 1909, in-16), p. 319-362.

7.- Aparecida primeramente en 1933; 2ª edición, revisada y corregida, Paris, 1935, in-16.

8.- Aparecida en 1894, ocupa las p.121-150.

9.- *Einführung in das Studium der Geschichte* (Tübingen, 1921, gr. in-8°).

10.- Cf., entre otras, la *Historische Technik* del profesor danés K. Erslev (Munich y Berlín, 1928, in-8°, aparecida primero en danés bajo el título *Historisk Teknik* (1911).

aspecto un tanto prosaico de las cosas y siguiendo los pasos de los filósofos -en particular los de Cournot-, se esfuerzan por identificar los principios generales a los cuales debe responder, según su impresión, la obra de todo historiador preocupado por la verdadera ciencia. Esta preocupación se refleja en el libro de Paul Lacombe, *De la historia considerada como ciencia*¹¹, y en el de Henri Berr, *La síntesis en la historia*¹².

Ambos autores se presentan menos como teóricos del estado actual de las cosas que como reformistas. Al atacar el empirismo de los historiadores de su tiempo, se propusieron la tarea esencial de revelarles los métodos capaces de dotar a su trabajo del rigor científico del que, según ellos, carecía en su mayor parte.

113

Reconozcámoslo: sus críticas no tienen medida. Suele condenar la mayoría de los resultados obtenidos, sin que nunca quede claro cómo, en la práctica, sería posible cumplir sus expectativas.

Digámoslo claramente: sus críticas sobrepasan la medida. Ellas tienden a condenar en bloque la mayoría de los resultados obtenidos, sin que nunca quede claro cómo, en la práctica, convendría proceder para cumplir sus expectativa. Sus libros sin embargo han dado que pensar.

Es un mérito notable de Paul Lacombe el haber marcado con más fuerza que sus predecesores la obligación en la que se encuentra el historiador de realizar una clasificación severa de los hechos, establecer la “jerarquía” de éstos, de bien distinguir lo general de lo particular, lo durable de lo ocasional, lo secundario

11.- París, 1894, in-8°; reimpressa en 1930

12.- París, 1911, in 8°.

o lo episódico de lo fundamental o de lo significativo. También tiene el mérito de haber, por un análisis cerrado de la noción de causa, despejado las diversas categorías de factores que intervienen en el desarrollo de los hechos históricos, como es el de Henri Berr de haber mejor circunscrito el rol respectivo de la contingencia y de la "necesidad", del pensamiento y de la materia, del "colectivo" y de lo "individual", en el juego complejo de los acontecimientos humanos.

114

Pero en ambos, sólo se trata de puntos de vista teóricos, y no se puede dejar de señalar que ninguno de los volúmenes que, bajo el título general *La evolución de la humanidad*, componen la vasta colección histórica de la cual el segundo de ellos asumió la dirección, no lleva -aparte de los prefacios en los que a veces recuerda él mismo algunos de sus temas favoritos- la menor marca de las ideas que, ya sea en sus libros o en sus artículos, se hace desde hace casi medio siglo el apóstol incansable¹³.

*

* *

Por otra parte, independientemente de que la "historia-ciencia" soñada por Paul Lacombe o la "síntesis" científica preconizada

13.- En un volumen titulado *Ciencia y filosofía de la historia* (Paris, 1928, in-16) Henri See, bien conocido por sus trabajos de historia económica, ha esbozado, en cerca de 250 páginas, lo que él llama una "teoría de la historia". Pero se trata menos de una teoría personal que de una exposición, por otro lado sugerente, de los puntos de vista de sus predecesores (especialmente de Hegel, Auguste Comte, Cournot, Lacombe, Berr) concerniendo más a la filosofía de la historia, que a la historia misma.

por M. Berr estén en el ámbito de las posibilidades prácticas, con estos dos autores nos alejamos insensiblemente de la metodología propiamente dicha para llegar a la pura reflexión filosófica que toca el valor, los límites y lo que algunos llaman, la “teoría” de la historia. Campo de reflexiones indefinido, donde se mueven incansablemente los espíritus más diversos, sin que se pueda distinguir siempre bien el beneficio que puede obtener la misma ciencia histórica.

Durante mucho tiempo fue el dominio de un historiador rumano, A.-D. Xénopol. Su *Teoría de la historia*¹⁴ y los innumerables artículos que publicó a comienzos de este siglo se resumen en una serie de observaciones más o menos juiciosas, pero de alcance restringido, sobre los rasgos por los cuales la historia se distingue de la mayor parte de las otras ciencias. Desde entonces muchos otros han marchado sobre sus pasos, y entre ellos un profesor de la Universidad de California, Fr. Teggart, en una serie de obras¹⁵, entre las cuales retendremos *Prolegómenos a la historia* (1916) y una *Teoría de la historia* (1925).

Más profundos son los estudios de los filósofos como los de los alemanes Dilthey, Rickert, Simmel, Max Weber¹⁶ y de algunos otros de sus émulos de Alemania o de otros países. Los problemas que han debatido se encuentran entre los más delicados que se

14.- Paris, 1908, in-8°, refundición de una obra publicada en 1894 bajo el título: *Principios fundamentales de la historia*.

15.- *Prolegomena to History. The relation of History to Literature, Philosophy and Science* (Berkeley, 1916, in-8°); *The process of History* (New Haven, 1918, in-16); *Theory of History* (New Haven, 1925, in-8°).

16.- Se encontrará una bibliografía detallada de sus obras en el primero de los volúmenes de R. Aron citado a continuación.

plantean al espíritu del historiador: el de la selección a operar entre los hechos, el de su interpretación, el de su conexión, el de sus relaciones con el presente, etc. Pero si estos son problemas fundamentales a los ojos del historiador, la manera de plantearlos y de tratarlos es, en las obras de los pensadores que acabamos de citar, tan abstracta y se envuelve de tales oscuridades que un intérprete no está de más para dilucidar el misterio. Un guía, felizmente, se nos ofrece en la persona de Raymond Aron, cuyo *Ensayo sobre la teoría de la historia en la Alemania contemporánea*¹⁷ constituye, una inapreciable introducción al estudio de los filósofos alemanes los más representativos a sus ojos de esta escuela moderna de “teóricos de la historia”¹⁸.

Sin embargo, hay que decir que, al igual que sus modelos, el Sr. Aron no es historiador ni parece particularmente curioso por los problemas de métodos. Se ciñe a la cuestión preliminar de la posibilidad teórica, libre de todo subjetivismo y, además, se posiciona personalmente sobre este tema en otro volumen que intitula *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica*¹⁹.

17.- Paris, 1938, in-8°. El libro lleva el subtítulo: *La filosofía crítica de la historia*.

18.- Fuera del *Ensayo* de R. Aron, se encontrará un relato muy completo de la historia del pensamiento filosófico aplicado a la ciencia histórica en la obra considerable de Ernst Troeltsch, *Der Historismus und seine Probleme* (Tübingen, 1922, in-8°). En esta obra se hace un lugar a los puntos de vista de pensadores extranjeros, y especialmente a los de Benedetto Croce, del cual hemos precedentemente (p. 95) citado la *Teoría de historia de la historiografía* (Bari, 1915, in-8°). Una exposición más sumaria figura en el *Einführung* de W. Bauer, citado en p. 93.

19.- Paris, 1938, in-8°.

El interés de tales investigaciones, cuando ellas son conducidas con un vigor de espíritu como testimonian los libros de un Rickert o un Simmel es evidente. Sin embargo, está permitido lamentar una tal falta de contacto con la práctica del historiador. Las reflexiones de filósofos de este temple nos enseñarían más si tuvieran en cuenta las enseñanzas que el historiador extrae de su propia experiencia y si, partiendo de lo concreto, sobre el que se construye la historia, ella sólo se elevaría por etapas hasta llegar a las conclusiones de un carácter más abstracto donde se realiza el pensamiento del filósofo.

*

* *

117

El balance que precede puede parecer decepcionante. En efecto, sería así si no sacáramos la conclusión de que en la historia, como en cualquier ciencia, los profesionales y los teóricos se beneficiarían de trabajar en mayor armonía, los primeros para no correr el riesgo de pasar por alto las numerosas dificultades que plantea el ejercicio de su profesión o de cortarlas al azar, los segundos para mantenerse en contacto con la realidad y servir así más eficazmente a la causa a la que se han dedicado.

COLOFÓN

E D I C I O N E S

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA, DE LOUIS HALPHEN, TRADUCCIÓN DE ITAMAR OLIVARES IRIBARREN. EDITADO E IMPRESO EN EL TALLER INUBICALISTA DE BARRIO PUERTO, VALPARAÍSO EN SEPTIEMBRE DEL 2021. PARA SU COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA SE UTILIZARON LAS TIPOGRAFÍAS KELSON SANS BOLD PARA LOS TÍTULOS Y JAURÍA PARA EL TEXTO. PARA LA IMPRESIÓN DE INTERIOR SE UTILIZÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G, Y COUCHÉ DE 300 GRAMOS PARA LA PORTADA. SE REALIZARON 300 EJEMPLARES.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

Considerada por el propio autor como un “examen de conciencia” o un retorno sobre sí mismo, la *Introducción* es a la vez un estudio y una reflexión sobre el oficio de historiador al cual se había consagrado durante cuarenta años. Seguro de su experiencia, aboga por el valor científico de la historia frente a los detractores que le niegan este carácter y, en consecuencia, espera que el tema de su obra anime al lector a algunas reflexiones personales para poner en evidencia el objeto, el método y las posibilidades de, lo que afirma con convicción, la ciencia histórica.

